

# LINEAS DE FUGA 13

ISSN 2745-2484  
Septiembre 2023  
Bogotá, Colombia

Revista de teoría y  
filosofía política



## Dossier

"Ecosocialismo vs. capitalismo verde:  
un debate inaplazable"

FUNDACIÓN



WALTER BENJAMIN



GRUPO DE ESTUDIOS DE  
FILOSOFÍA POLÍTICA  
ESPECTROS

# LÍNEAS DE FUGA

Revista de teoría y filosofía política  
Septiembre 2023 / N° 13  
Bogotá, Colombia

**Director**

Giovanni Alexander Libreros Jiménez

**Subdirector**

Sergio De Zubiría Samper

**Edición**

Yebrail Ramírez Chaves

**Comité Editorial**

Luis Andrés Botero

Mary Cruz Ortega

Victor Valdivieso

Nancy de la Hoz

Jerson Arias

Ximena Cortés

William Monsalve

Fernando Solano

Alejandra Ortiz

Rubiel Vargas Quintero

Camilo Pérez Riveros

**Diseño y diagramación**

Daymer Rios Cifuentes

**Ilustrador**

Luis Andrés de Jesús Botero

“Líneas de Fuga es una revista trimestral editada por la Fundación Walter Benjamin y el Grupo Espectros”.

E-mail: [revistalineasdefuga2020@gmail.com](mailto:revistalineasdefuga2020@gmail.com)

[revistalineasdefuga.blogspot.com](http://revistalineasdefuga.blogspot.com)

[www.fundacionwalterbenjamin.org.co](http://www.fundacionwalterbenjamin.org.co)

Tel: 3174299222 / 3204458613

Bogotá–Colombia

# TABLA DE CONTENIDO

3

## EDITORIAL

---

CAPITALISMO VERDE O ECOSOCIALISMO: ESA ES LA CUESTIÓN  
Víctor Valdivieso

11

ECOSOCIALISMO VS. CAPITALISMO VERDE: NOTAS PARA UN  
DEBATE

Sergio De Zubiría Samper

25

IMPERIALISMO ECOLÓGICO Y/O IMPERIALISMO VERDE:  
¿Categorías o conceptos emergentes?

Giovanni Libreros Jiménez

39

EL ECOFEMINISMO: CRÍTICA EMANCIPATORIA Y ANTICAPITALISTA

Mary Cruz Ortega Hernández

51

## RESEÑA

---

El capital en la era del Antropoceno, de Kohei Saito  
Yebraíl Ramírez Chaves

61

## CLASICOS

---

MANIFIESTO ECOSOCIALISTA INTERNACIONAL  
(septiembre de 2001)



*Claude Feillet, de (palabra mítica de la gente del agua)*

**EDITORIAL****CAPITALISMO VERDE O ECOSOCIALISMO:  
ESA ES LA CUESTIÓN**

Víctor Valdivieso \*

**E**l mundo reverdece, se tiñe de ecología. Para la muestra un botón: mientras se escribe esta editorial se celebra el día mundial sin carro y asistimos al gran concierto internacional de la ONU para salvar el planeta. La primera medida, según argumentan los expertos ambientalistas, pretende generar una conciencia ecológica. Mientras se cuida la salud humana, dicen, se incentiva la cultura fitness en bicicleta o a pie y se reduce la contaminación del aire. Una estrategia “bienintencionada”, obviando eso sí, la atmosfera que se ensucia en algunas ciudades gracias a las altas emisiones de CO2 que provienen de los buses viejos del negocio privado.

La segunda medida es mucho más audaz. Como se sabe, se reunieron los grandes líderes políticos del mundo con el propósito de entonar, casi al unísono, su compromiso verde. En la Asamblea general de la ONU, aparte de parlotear sobre los temas de siempre como la democracia, los derechos humanos, la paz, etcétera, se evaluó la implementación de la Agenda 2030 y sus objetivos para el desarrollo sostenible (ODS).

Los altos jefes coincidieron en hablar de la crisis climática y hasta se les vio preocupados. En la reunión, las grandes potencias del mundo orientaron sobre el qué hacer. Recetaron. Develaron las pistas y mostraron las coordenadas para salvarnos de la extinción. Otros, en cambio, fueron a pedir. Exigieron, con tonalidad fuerte, mayor compromiso ambiental demostrado en recursos económicos. Al final, todos concuerdan en cuidar el planeta siempre y cuando se preserve indemne el sistema económico. ¡Tratándose de expandir el virus de la vida por las estrellas del universo, hasta Zelensky deviene un tierno guardabosques!

---

1 \*Filósofo de la Universidad Autónoma de Colombia. Aspirante a Magister en Filosofía contemporánea de la Universidad de San Buenaventura. Docente e investigador.

*La anatomía propia del sistema, que busca siempre la acumulación y la explotación infinita de nuestro espacio finito, conduce de manera no accidental sino estructural a la destrucción planetaria.*

Esta coincidencia sobre la hecatombe natural muestra que cualquier discurso, que pretenda quedar bien ante los demás, debe incorporar los temas ambientales y, añadamos, de género. Cualquier líder o partido político que se quiera vender como moralmente bueno debe mostrarse – o sea, aparentar- verde y violeta. El sistema mandata borrar las distinciones y contenidos ideológicos para solo orientarnos sobre el antagonismo entre políticas de la vida y de la muerte.

Por lo anterior, respecto al tema ambiental, tiene razón Nancy Fraser (2021) cuando dice que la ecológica se ha vuelto ubicua. Es un tema presente en el orden del día gubernamental. Una consciencia Green que, incluso, trasciende el ámbito de la política institucional. Por ejemplo. En el campo educativo se “forman” a las nuevas generaciones en una mentalidad amigable con el planeta y sus especies. Ni hablar del manto ecológico que arropa a los empresarios empeñados en vender todo aquello que pueda ser reciclable o reutilizable. A nivel individual casi todos nos estamos pasando al verde. Apagamos las luces. Cerramos el grifo y hasta dejamos marinando nuestros residuos con tal de ahorrar agua. Usamos vehículos eléctricos. Reciclamos. Consumimos elementos orgánicos. O nos negamos al consumismo, casi como en clave de decrecimiento burgués. En fin. Juntos y unidos ponemos nuestro granito de arena para rescatar la naturaleza<sup>2</sup>.

Con este panorama verde cualquier ambientalista estaría jubiloso. Vamos por buen camino, diría. Sin embargo, perdonarán la impertinencia de la crítica, estas mentalidades, discursos y prácticas son contraproducentes, peligrosas y cuando menos insufi-

---

<sup>2</sup> Aquí me refiero a la consciencia ecológica políticamente correcta, admitida y coherente con el sistema capitalista. Para no trivializar las luchas, no incluyo aquí las resistencias que desde el Sur Global dan los movimientos sociales y las comunidades por defender sus territorios, sus recursos naturales y la madre tierra.

cientes respecto a la crisis que asistimos. Lo son contraproducentes y peligrosas por una razón básica: porque evaden la causa fundamental que está destruyendo el planeta. Omiten o quieren omitir que es la lógica propia del sistema capitalista global—visto en clave de totalidad—la que nos tiene al borde del colapso. Decimos esto porque, siguiendo las enseñanzas de Fraser (2021), el capitalismo —en sí mismo— alberga una contradicción ecológica que conduce necesariamente a las crisis medioambientales. Quiere decir esto que la anatomía propia del sistema, que busca siempre la acumulación y la explotación infinita de nuestro espacio finito, conduce de manera no accidental sino estructural a la destrucción planetaria.

Por eso es que, mientras no se destruya el sistema mismo, cualquier cosa que se haga para resolver la crisis se torna insuficiente o inútil. Recordemos, solo por mencionar algo a modo de ejemplo, que por un litro de agua que ahorremos en casa, hay miles y millones que se desperdician en las grandes empresas ¿Significa esto que debemos rechazar y abandonar individualmente las prácticas bienintencionadas del ecologismo? De ninguna manera. Pero se trata de enfrentar y desafiar el asunto de raíz y frenar la crisis general<sup>3</sup> sin paliativos, apósitos, enmendaduras ni reformas.

Pues bien, dedicamos este número de la Revista Líneas de Fuga para discutir sobre este tema. En el Dossier el lector encontrará tres artículos, una reseña de un libro y un apéndice. Materiales destinados a pensar y polemizar sobre la crisis mediambiental y su posible superación. Para denunciar y desmarcarnos, a nivel teórico y político, de las falsas salidas a la crisis ecológica que se presentan desde el capitalismo verde o el progresismo climático. En lugar de esto, afirmamos, de manera urgente, un programa de lucha anticapitalista que bien podría recibir el nombre de ecosocialista. Veamos.

El primer artículo, escrito por el maestro Sergio de Zubiría Samper, encara sin ambages el debate entre el ecosocialismo y el capitalismo verde. Con un estilo argumentativo prolijo y pedagógico nos muestra que el capitalismo verde es esa versión reformada y compensatoria —claramente hipócrita— del sistema respecto a sus mismos males. Sería una renovación, una ecopolítica, una modalidad de explotación capitalista, que pretende ser amigable con el planeta, aunque sin alterar su

---

<sup>3</sup> Uso el término de crisis general indicando que la crisis no es solamente medioambiental. Trasciende sus fronteras involucrando aspectos económicos, políticos, éticos, culturales, entre otras.



propia dinámica. Manteniendo el estado actual de cosas, aspira -con el uso de las nuevas tecnologías, de indemnizaciones económicas, o a partir del uso de energías limpias- mitigar el cambio climático y otros desastres naturales.

De Zubiría nos propone una muy sugerente hipótesis de lectura según la cual ese capitalismo verde sería, guardando los matices formales y cosméticos, la política enarbola da tanto por la ortodoxia neoliberal como por la progresía y el reformismo contemporáneo. Esto equivale a decir que tanto Biden como Petro están en la misma onda. Ahora bien, contra estas corrientes se levanta la propuesta del ecosocialismo. Una estrategia que, recogiendo la herencia del marxismo europeo y el legado de lucha de los pueblos originarios y de nuestra América, postula la construcción de una sociedad profundamente anticapitalista. Características y connotaciones ampliadas y profundizadas en ese mismo artículo.

El segundo texto, elaborado por el profesor Giovanni Libreros, nos pone a reflexionar sobre el imperialismo ecológico y/o el imperialismo verde. Pasando por una vocación filosófica que relaciona o distingue entre conceptos y categorías, evocando a Kant, a Hegel y a Arendt, sugiere que el imperialismo ecológico o verde son elementos derivados del orden capitalista, en su versión monopolista y colonial. Siguiendo a un autor como Crosby (1999), Libreros insinúa que la exitosa expansión imperial europea no se dio solamente en virtud de su poderío militar, económico y político sino también al factor ecológico. Es decir, gracias a que en las colonias se crearon ambientes propicios –territorios semejantes a los de Europa- para la explotación colonizadora. Hubo una transformación ecológica, biogeográfica, que permitió la dominación de unos pueblos sobre otros. Al final, ese imperialismo ecológico, esa expropiación expansiva y destructiva, pone al planeta mismo contra las cuerdas.

El tercer artículo escrito por la profesora Mary Cruz Ortega es una vindicación al ecofeminismo. Una apuesta política que se deslinda del feminismo dominante, de corte liberal, es decir, de ese que se mueve dentro de las coor-

denadas ideológicas del mismo sistema capitalista. Con un espíritu contrahegemónico, Cruz Ortega reivindica un enfoque feminista para la emancipación no solo de la mujer sino también de la naturaleza. Sobre todo, porque advierte que el capitalismo y el patriarcado, dos caras de una misma moneda, conciben a la mujer –subjetividad feminizada- y la naturaleza –feminidad objetivada- como recursos para la expoliación, explotación y apropiación. El capitalismo es un falocratismo que explota y destruye a la naturaleza –entendida como mera materia prima-, y a la mujer que es siempre prefijada para la exclusiva reproducción de la especie. Por eso se requiere una revolución femenina que no solo emancipe a la mujer del poder patriarcal, sino también libere a la naturaleza de la carga destructiva del capital. Esto solo se logrará, probablemente, con una estrategia ecosocialista.

Pasando esto, el filósofo Yebrail Ramírez presenta una reseña sobre el libro *El capital en la era del Antropoceno*, escrito por el pensador japonés Kohei Saito (2022). En este documento, Ramírez realiza no solo un excelente trabajo exegético, sino además una labor crítica, revelando algunas posibles dificultades en la estrategia política que se desprenden de esa obra monumental. En este libro no solo se lee una crítica mordaz al capitalismo verde y al progresismo climático, sino también a la política del decrecimiento capitalista. Un decrecentismo que, aunque acorde con la propiedad privada y las relaciones sociales de explotación dominantes, pueda regular el consumo manteniendo una economía estacionaria. Una producción regulada que maneje los excedentes conformes al PIB. También regulando la expansión poblacional de manera biopolítica, en el entendido que ya no hay cama para tanta gente. Y proponiendo las mentadas transiciones energéticas hacia las energías limpias.

Contra ese decrecentismo capitalista y burgués, Saito propone uno de inspiración comunista. Uno que interpele la lógica del capital, socializando la propiedad y modificando las relaciones sociales de producción. Gestionando la producción, o sea, reconociendo los límites de la naturaleza; enfatizando en una economía centrada en los valores

de uso y no de cambio; y apostando por un nuevo municipalismo. Una suerte de poder popular que dirija, democráticamente, los destinos del mundo. Esto último, lo de las municipalidades, es lo que Ramírez considera que admite un debate, especialmente, acerca del poder. Bienvenida la discusión.

Se cierra este número con un suplemento que recoge el Manifiesto Ecosocialista Internacional escrito en el año de 2001 por los grandes pensadores Jovel Kovel y Michael Lowy. Un texto con plena vigencia y actualidad que invita a articular la militancia y la lucha ecosocialista. Sobre todo, porque el porvenir será anticapitalista o no será

## Referencias bibliográficas

Fraser, N. (2021). Los climas del capital. *New Left Review*, 101-139



## **ECOSOCIALISMO VS. CAPITALISMO VERDE: NOTAS PARA UN DEBATE**

Sergio De Zubiría Samper.\*

**C**on escasas excepciones negacionistas la crisis ecológica ha venido siendo incorporada a las plataformas políticas de la derecha, el centro y las izquierdas. Las alarmas del colapso son múltiples e inquietantes: el Informe 2023 del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) de Naciones Unidas constata cómo la temperatura de la superficie global ha aumentado en 50 años desde 1970 más rápido que en cualquier periodo de los últimos dos mil años. El 28 de julio del año en curso, el secretario de las Naciones Unidas decretó que la era del calentamiento global ha terminado y hemos ingresado a la “ebullición global”. Se trata de una desoladora imagen que evoca una especie de horno que lleva todo a las fauces de la destrucción total.

Estas alarmantes señales se articulan a procesos como la crisis del capitalismo del 2008, la pandemia del Covid-19, las críticas al patrón civilizatorio eurocéntrico y los callejones sin salida que enfrentan los partidos políticos contemporáneos en representatividad y legitimidad. La convergencia de estos procesos ha otorgado a los asuntos ecológicos una centralidad en la acción política. “La ecopolítica se ha vuelto ubicua” (Fraser, p. 128). Una centralidad temática y una ubicuidad política de lo ecológico que se despliega en varios registros, pero principalmente en cuatro bastante visibles en las últimas dos décadas: (a) Una politización de la crisis climática que ha obligado a todas las plataformas de acción política de derecha, centro e izquierda, a incluir en sus reivindicaciones temáticas ecológicas; (b) La existencia a nivel planetario de eco-luchas y su convergencia en diversas escalas (supranacionales, nacionales, regionales y territoriales) con luchas económicas, sociales, políticas y culturales; (c) Las luchas del profundo Sur por la defensa del planeta y la Madre Tierra; (d) La

---

1 Profesor Titular Doctorado en Bioética. Universidad El Bosque. Presidente Fundación Walter Benjamin para la Investigación Social.

emergencia de un pensamiento ecológico político en América Latina y el Caribe.

En este contexto ha surgido el debate entre “capitalismo verde” y “ecosocialismo”, siendo nuestro continente uno de los laboratorios teóricos y prácticos prioritarios para el despliegue de esta importante polémica. Hasta tal punto, que el denominado “segundo ciclo” (noción siempre problemática) del progresismo latinoamericano se presenta como una inclusión o rectificación de aquel progresismo que no tuvo en cuenta la problemática ecológica (2003 – 2015). La carta de presentación del actual progresismo plantea un “capitalismo serio”, “capitalismo verde” o “economía verde”.

El presente artículo intenta aportar algunos contenidos teóricos a esta polémica entre “capitalismo verde” y “ecosocialismo”, estableciendo la oposición entre estas dos tradiciones tanto en sus orígenes conceptuales, tesis centrales, como actitud política frente al capitalismo. En la primera parte se exploran los orígenes, características y límites de la categoría “capitalismo verde”. En el segundo acápite se establecen las tesis centrales, los problemas y el horizonte a que aspira el “ecosocialismo”. En la parte final se sintetizan las distancias teórico-conceptuales entre estas dos visiones de la ecología política contemporánea.

Las limitaciones de este escrito remiten a la ausencia de una línea histórica que patentice las oposiciones entre ecosocialismo y capitalismo verde, los escasos ejemplos empíricos de sus oposiciones y una mayor articulación entre las tradiciones europeas y latinoamericanas de sus diversas ecologías políticas.

### **1. Capitalismo verde: orígenes, características y limitaciones**

El término “capitalismo verde” ingresa al discurso periodístico y académico en la segunda década del siglo XXI. Puede tener antecedentes en la denominada “revolución verde” (1960) y tiene una íntima relación con los discursos sobre “economía verde” de algunos organismos internacionales. Se trata de un nuevo ropaje del sistema capitalista frente a las agudas críticas formuladas a los discursos del “desarrollo sostenible”, acuñado con fuerza en la última década del siglo XX. Los hitos iniciales de su consolidación discursiva podemos encontrarlos en algunas columnas del economista y periodista Thomas Friedman quien en 2007 utiliza la palabra *Green New Deal* (Nuevo Pacto Verde) para referirse a un programa para revitalizar la economía norteamericana al-

rededor de las denominadas “energías verdes” y una gran oportunidad para ampliar los negocios. Unos meses después de este llamado al “pacto verde” se desata la crisis de capitalismo del 2008 y empieza a construirse un consenso sobre la necesidad capitalista de asumir el cambio climático con energías distintas. Se pretende fomentar la esperanza en un “New Deal” que en días anteriores pudo salvar al capitalismo de la “gran depresión” del siglo XX, incentivando propuestas políticas a través de estímulos fiscales e inversiones estatales para promover el uso de energías renovables. Investigadores como K. Saito lo denominan un “keynesianismo medioambiental”.

En 2012, la Conferencia de Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible, utiliza el término “economía verde” en el contexto de la siguiente pregunta: ¿Es posible un capitalismo respetuoso con el planeta y los recursos naturales? La legitimidad otorgada por Naciones Unidas hace que a partir de este momento un numeroso grupo de economistas y expertos empiecen a utilizar las nociones de “ecocapitalismo”, “economía verde” y “capitalismo verde”. En 2019, el economista y sociólogo norteamericano Jeremy Rifkin publica su libro *El nuevo pacto global verde: por qué la civilización de los combustibles fósiles colapsará en torno al 2028*. Ese mismo año, el premio Nobel de economía Joseph Stiglitz, publica su obra *Capitalismo progresista: la respuesta a la era del malestar*. Ya estaban dadas las condiciones de posibilidad para una opinión “pública” favorable al ingreso de estos términos para ajustar el capitalismo a las urgencias del cambio climático. Se ha conformado un “centro de pensamiento”, *The Breakthrough Institute*, para divulgar la “filosofía ecomodernista” que propende por el desarrollo tecnológico y el aumento del crecimiento económico de los EE, UU por medio de la energía nuclear y la urbanización.

El “capitalismo verde” se convierte entonces en un “constructo teórico” y un clima de opinión que sintetiza los siguientes procesos: (a) La imposibilidad de seguir hablando de “desarrollo sostenible” y la necesidad de una transmutación categorial hacia palabras como “ecocapitalismo”, “economía verde” y “capitalismo verde”; (b) La urgencia de fundamentar la noción de “economía verde” como expresión de las posibilidades del capitalismo para enfrentar el cambio climático gracias a sus inmensas capacidades en innovación tecnológica; (c) El imperativo de asumir la crisis ambiental desde la perspectiva de la política oficial de las élites económicas (politización de la crisis climática) para llevar a cabo una “modernización ecológica” y acciones contra el cambio climático.

El “capitalismo verde” concibe, por tanto, la modernización ecológica y la oposición al cambio climático como una renovación del capitalismo,

***El “capitalismo verde” concibe, por tanto, la modernización ecológica y la oposición al cambio climático como una renovación del capitalismo, centrando sus esfuerzos en el cambio de la base energética fósil, sin transformar las relaciones sociales existentes, sin cambiar la lógica del crecimiento económico y su idea de progreso, sin tocar la lógica de acumulación de capital***

centrando sus esfuerzos en el cambio de la base energética fósil, sin transformar las relaciones sociales existentes, sin cambiar la lógica del crecimiento económico y su idea de progreso, sin tocar la lógica de acumulación de capital. En términos de A. Gramsci, asistimos a un típico ejemplo de “revolución pasiva”: las propias élites postulan el horizonte del “cambio”, pero bajo las condiciones existentes y esa condición en el capitalismo contemporáneo es la financiarización verde. Se trata de la divulgación de una noción de “cambio” desde la sociedad “desde arriba”, sin reconocer y mucho menos abolir el carácter capitalista y colonial del Estado y la sociedad existente.

Para la filósofa Nancy Fraser, esta restauración capitalista “desde arriba”, conserva la premisa de la socialdemocracia clásica de que el Estado puede servir a dos amos, que, al mismo tiempo, se puede salvar al planeta domesticando al capital y puede hacerse sin necesidad de abolir el capitalismo. Una premisa que ha culminado en la conciliación histórica de la socialdemocracia con el fascismo y recientemente con el neoliberalismo.

Se perpetúa el romance con la modernización capitalista a través de un conjunto de dispositivos o tecnologías de poder, tales como: (a) La demonización exclusiva de las energías fósiles, la centralidad de la “descarbonización” y el fanatismo con relación a las energías no fósiles; (b) La disociación de la crisis ecológica de las lógicas de crecimiento económico, la trampa de la productividad y la acumulación capitalista; (c) El acento en las responsabilidades individuales de la catástrofe ecológica y la expiación del modo de producción capitalista; (d) La restauración de perspectivas tecnofílicas y tecnofascinadas ante la ciencia y la técnica que se manifiestan en el culto a la digitalización, robotización, automatización y plataformaformización.

Un ejemplo patético de estos dispositivos es la posición ante el automóvil en las ciudades del “capita-

lismo verde”: el asunto se resuelve cambiando la matriz energética de los automóviles, pasando de los motores de combustión fósil a los motores eléctricos, sin tocar todo el sistema de movilidad que supondría reducir la movilidad diaria, desincentivar su uso, fortalecer el transporte público, entre otras medidas; y para culminar, se posibilita pagar con dinero para evitar las restricciones de los automóviles, perpetuando la destrucción capitalista de las ciudades. Invisibilizando también las desastrosas consecuencias que tienen las baterías de iones de litio y de cobalto con la destrucción del agua, la agricultura y el paisaje en países como Chile y la República Democrática del Congo.

El romance con la modernización capitalista se acompaña también de la divulgación de “verdades a medias”, “mentiras” y “postulados insostenibles”. Hace cerca de tres décadas, el gran ensayista latinoamericano Eduardo Galeano nos alertaba sobre cinco grandes mentiras en torno a la ecología. La primera, la frase “somos todos culpables de la ruina del planeta”; la segunda, “es verde lo que se pinta de verde”; la tercera, “plantar árboles es siempre un acto de amor a la naturaleza”; la cuarta, “entre el capital y el trabajo la ecología es neutral”; y la quinta, “la naturaleza está fuera de nosotros”. Con su pluma magistral, Galeano devela la falsedad contenida en estas frases tan expandidas en los discursos públicos.

Recientemente, el filósofo Michel Löwy estableció “once pistas falsas sobre la crisis climática” en los autodenominados discursos “verdes” o “sostenibles”. Las cuatro últimas “pistas” describen nítidamente las características centrales del “capitalismo verde”. La primera en la enumeración de Löwy, en la octava, refiere a que la confianza en los desarrollos tecnológicos podrá detener el cambio climático gracias a su captura y control progresivo del carbono; una posición que rinde culto a la técnica. La segunda es la suposición que el coche eléctrico podrá mitigar las emisiones de gases de efecto invernadero. La tercera la conforma la entrega a los mecanismos del mercado, tales como los impuestos al carbono o los mecanismos de derechos de emisión o el aumento de los precios de los combustibles fósiles, para reducir el CO<sub>2</sub> y limitar el cambio climático. La cuarta remite a la posición que el cambio climático es inevitable y sólo podemos prepararnos para una adaptación. Predomina en el “capitalismo verde” la permisividad o tolerancia con el daño a la naturaleza y luego la posibilidad de compensar esos daños a través de los caminos típicamente capitalistas de retribuir el daño con dinero o bonos de carbono.

Para la ecofeminista ecuatoriana Melissa Moreano, el “capitalismo verde” promueve tres “cercamientos” o “enclaustramientos” para la expropiación

de la riqueza, como se hace y sigue haciendo desde la “acumulación originaria” de capital analizada por Marx. En primer lugar, el “enclaustramiento” de la biodiversidad para la bio-prospección, buscando la expropiación de material genético por parte de las transnacionales del capital globalizado. En segundo lugar, el “enclaustramiento” de la foresta (bosques) como secuestrador del carbono, poniendo los bosques y las selvas en el mercado de capitales. Tercero, el “enclaustramiento” del paisaje para el ecoturismo, convirtiendo las áreas silvestres en espacio privilegiado para el mundo de los negocios. La “acumulación originaria” de capital se complementa, además de la concentración de las tierras, actualmente con la desposesión del material genético, la foresta y los paisajes.



## 2. Perspectiva ecosocialista: tesis, problemas y horizontes

La perspectiva ecosocialista tiene una larga tradición teórica tanto en Europa como en nuestro continente. En la herencia europea moderna podemos remontarnos a los socialismos ecológicos de Charles Fourier y Ludwig Feuerbach. El primero reivindicado con fuerza por Walter Benjamin, como la anticipación en la figura de los falansterios del proyecto político de un materialismo antropológico. En el legado latinoamericano, tan solo evocar los trabajos del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda al postular la existencia de un “socialismo raizal” y las tradiciones ancestrales del *Suma*

*Kawsay*, *Suma Kamaña* y el “buen vivir”, que han enriquecido profundamente las tradiciones anticapitalistas del socialismo.

El grupo de pensadores representativos del socialismo ecológico es muy relevante. Al lado de Marx y Engels, encontramos a Walter Benjamin, Andre Gorz, James Oconnor, John Foster, Raymond Williams, Rudolf Baro, Elmar Altvater, Nancy Fraser, Michel Lowy, entre otros. Autores hispanoparlantes como Manuel Sacristán, Francisco Fernández Buey, Jorge Riechman, Enrique Left. Ecofeministas como Maristella Svampa, Rosa Trapazo, Melissa Moreano, Gladys Parentelli, entre muchas otras.

El “ecosocialismo”, según Michel Löwy, es una corriente de pensamiento y acción ecológica que recupera las teorías marxistas y al mismo tiempo se libera de ciertos “giros productivistas” que contienen algunas metáforas de sus fundadores. Es una perspectiva teórica no homogénea, pero se puede postular que comparten algunos ideales o tesis.

Las principales tesis compartidas por la perspectiva ecosocialista son las siguientes: (a) La lógica del mercado y la ganancia capitalistas son incompatibles con la protección de la naturaleza y del planeta; (b) La ideología del desarrollo y del progreso, tanto en su versión capitalista como en su deformación burocrática soviética, tienen que ser criticadas de forma radical; (c) Los trabajadores y sus organizaciones son una fuerza relevante para la transformación del sistema social y para el establecimiento de una sociedad socialista y ecológica; (d) Una economía de transición al socialismo implica una planificación democrática local, nacional y, tarde o temprano, una planificación planetaria e internacional.

La crítica a la formación social capitalista y sus diversas formas históricas es una condición del ecosocialismo, como lo trazaron sus fundadores. De la mano de Nancy Fraser, podemos sostener que estamos atravesando una crisis capitalista de inmensa gravedad, pero sin una teoría crítica capaz de dilucidarla. Actualmente no bastan aquellos análisis que destacan la crisis económica del capitalismo, porque necesitamos una teoría crítica del capitalismo que asuma debates sobre los despliegues de la crisis en los campos de la naturaleza, la reproducción social y los poderes públicos. Para la filósofa Fraser, los pensamientos de Marx y Polanyi en los siglos XIX y XX, tienen mucho que ofrecernos en esa teoría crítica para comprender el capitalismo del siglo XXI. Un enfoque crítico que asuma necesariamente la dimensión de

***Toda crítica radical del capitalismo existente remite a su derrumbe y la exigencia de la construcción de una sociedad sobre otros pilares. En nuestro caso a un “socialismo ecológico” o un “ecosocialismo” como preeminente alternativa al capitalismo. La teoría crítica del capitalismo abre los horizontes de repensar y proyectar la elección socialista.***

la crisis profunda en los campos de la naturaleza, la reproducción social y el poder.

Las investigaciones de Marx lograron develar las características fundamentales del capitalismo, como también la historización de sus fases de acumulación. Cuatro son sus características principales: (a) Una formación social donde existe propiedad privada sobre los medios de producción fundamentales y existe una división de clase entre los productores y los propietarios; (b) La generación de un mercado de trabajadores “libres” en un doble sentido; en primer lugar, en cuanto jurídicamente no esclavizados; en segundo lugar, que aquellos trabajadores se encuentran “libres” de los recursos y derechos que podrían permitirles no ingresar al mercado de trabajo; la inmensa paradoja capitalista donde ser “libres” significa estar “sin “ medios de subsistencia y sin medios de producción; (c) La existencia de una pulsión sistemática a la acumulación de capital y a expandir por parte de los propietarios sus ganancias infinitas; “Marx formula esta cuestión de manera brillante. En una sociedad capitalista -dice-, el capital se vuelve Sujeto” (Fraser, 2023, p. 29); (d) La generación de un tipo de mercados con una doble función; en primer lugar, los mercados deciden para qué es la tierra, el trabajo y capital; un mundo sometido completamente a los designios del mercado; en segundo lugar, una direccionalidad inherente a los mercados para invertir los excedentes, porque los mercados también deciden cómo se invierte la plusvalía y los “excedentes”; una sociedad sometida a las “fuerzas del mercado”.

En las anteriores características que podrían ser definidas como los rasgos ortodoxos o clásicos de la formación social capitalista, también Marx encontró otros “talleres ocultos” (N. Fraser) que son claves para comprender la contradicción ecológica estructural del capitalismo y que iluminan la comprensión del orden social contemporáneo. Los aportes de Rosa Luxemburgo, Karl Polanyi y David

Harvey son muy importantes para afinar la mirada de esta contradicción estructural. La exposición de estos “talleres ocultos” a ciertas miradas dogmáticas del marxismo es ineludible para la actual crítica de la economía política “Así como Marx dirigió su mirada detrás de la esfera del intercambio, a la “morada oculta” de la producción, con el fin de descubrir los secretos del capitalismo, yo buscaré las condiciones de posibilidad que están detrás de esa esfera, en ámbitos todavía más ocultos” (Fraser, 2023, p. 27).

En primer lugar, reconocer y destacar que la “acumulación originaria” no sólo estaba en los orígenes del capitalismo sino es permanente: la desposesión y expropiación es una historia de violencia que permanece y además se intensifica. La acumulación de capital, como lo anticipara Marx, contiene al mismo tiempo, mecanismos formales de explotación y dispositivos violentos de expropiación y desposesión. La violencia es inherente al proceso de acumulación de capital.

En segunda instancia, el capitalismo solo puede sobrevivir e intensificar su tasa de ganancia si establece una división entre la producción de mercancías y la reproducción social del trabajo y la vida. Para ello establece la separación tajante entre trabajo “remunerado/asalariado” y la reproducción social del trabajo “no remunerado y no asalariado. “La labor reproductiva se escinde y queda relegada a un ámbito doméstico “privado”, separado, donde su importancia social resulta opacada. Y en este nuevo mundo, en el que el dinero es un recurso primordial de poder, el hecho de que este trabajo no se pague o sea mal pago sella la cuestión: quienes lo realizan se ven estructuralmente subordinados a quienes perciben salarios dinerarios en la “producción”, incluso a pesar de que su trabajo “reproductivo” suministra las precondiciones necesarias para el trabajo remunerado (Fraser, 2023, p. 36).

Tercero, el capitalismo concibe la naturaleza como algo “externo” e “independiente”. Le interesa exclusivamente la naturaleza como “insumos” o “materia prima” para el proceso de producción de mercancías, pero al mismo tiempo, como mero “sumidero” para absorber los “residuos”. La naturaleza exclusivamente como “externalidad pura” es solo fuente cósmica de mercancías y basurero planetario. Para analizar esta lógica capitalista ante la naturaleza y la tierra, Luxemburgo y Polanyi, han aportado el concepto alemán de *Landnahme*. El capitalismo contiene la profunda división entre

un “reino natural”, concebido como “materia prima” gratuita disponible para su apropiación/destrucción, y un “reino económico”, como ámbito del valor para la explotación de los seres humanos.

Cuarto, el capitalismo expansivo en su afán de lucro incrementa las fracturas metabólicas con la naturaleza en dimensiones centrales para la sobrevivencia del planeta y los seres humanos. (a) Establece la separación entre la producción humana y sus condiciones naturales; (b) Profundiza la alienación de los seres humanos respecto de sus condiciones naturales de existencia en el capitalismo; (c) Establece y perpetúa nuevos antagonismos entre lo urbano y lo rural.

Quinto, el capitalismo convierte los poderes públicos en siervos de la empresa privada al constitucionalizar esta forma de propiedad como “sacrosanta” y fetichiza el intercambio mercantil. La sociedad capitalista exige la escisión entre la organización política y la economía, lo cual genera la diferenciación institucional de los poderes públicos y privados, como también la coerción política para permitir la iniciativa privada y el “libre” intercambio mercantil.

Los anteriores “talleres ocultos”, anticipados por Marx y complementados por Luxemburgo, Polanyi y Harvey, develan cómo el capitalismo, comprendido adecuadamente desde la teoría crítica, siempre alberga una contradicción ecológica insuperable que lo inclina a la catástrofe ecológica. Este sistema separa brutalmente a los seres humanos del entorno y los ritmos de la naturaleza. Para D. Harvey, las tres contradicciones más “peligrosas” del orden contemporáneo se ubican en el ámbito de la reproducción social de la vida y la cuestión ambiental. En primer lugar, la peligrosa contradicción capitalista entre el crecimiento acumulativo exponencial ilimitado y la existencia de condiciones naturales y vitales limitadas en el planeta tierra. En segunda instancia, la contradicción en la unidad metabólica entre el capital y la naturaleza que desconociendo su diversidad la convierte en mero objeto de privatización, mercantilización, monetización e intercambio. Tercero, la contradicción peligrosa de una alienación humana general que acepte que la naturaleza es simplemente para destruirse y mercantilizarse.

Toda crítica radical del capitalismo existente remite a su derrumbe y la exigencia de la construcción de una sociedad sobre otros pilares. En nuestro caso a un “socialismo ecológico” o un “ecosocialismo” como preeminente alternativa al capitalismo. La teoría crítica

del capitalismo abre los horizontes de repensar y proyectar la elección socialista.

El horizonte ecosocialista del siglo XXI plantea diversos caminos y concepciones de una sociedad socialista. No es conveniente una visión estandarizada o modélica, pero sí se comparten algunas premisas. La primera es tomar distancia tanto de la experiencia del denominado “comunismo soviético” como de las propuestas socialdemócratas. La segunda es evitar las perspectivas economicistas, productivistas y estatistas del socialismo. La tercera es interpelar las concepciones evolucionistas, etapistas y progresivas de la historia. La cuarta premisa remite a la exigencia de construir la opción socialista como un esfuerzo conjunto de movimientos, organizaciones, activistas, intelectuales, artistas, científicos, partidos, etc., teniendo conciencia que es un tarea rigurosa y desafiante.

De manera exploratoria podemos señalar algunas dimensiones o campos relevantes para repensar el ecosocialismo del siglo XXI: (a) La socialización de los medios de producción es una acción importante siempre y cuando también se transformen las relaciones de producción con sus condiciones básicas de posibilidad, como son la naturaleza no humana, la reproducción social y la vida; (b) El nuevo orden socialista no solo debe superar la dominación de clase, sino también las asimetrías de género y de sexo, las opresiones raciales, étnicas e imperiales, como también todas las formas de dominación política; (c) Una sociedad socialista debe democratizar el control de los excedentes sociales mediante la toma de decisiones colectivas sobre las capacidades y recursos, pero también concebir el excedente como tiempo, permitiendo la extensión de las formas de usos del tiempo más allá del trabajo; (d) Debe rechazar el imperativo del crecimiento y la ganancia sin fin para las clases capitalistas, sometiéndolo a todas las cuestiones ambientales a la resolución democrática y la dimensión política; (e) Los valores de uso que se consideran parte central de las “necesidades humanas” deben ser considerados “bienes comunes” y eliminada la posibilidad que sean valores de cambio para transar en el mercado.

### **3. Oposiciones centrales**

La tendencia a la ubicuidad de la problemática del cambio climático y su extremada “politización” nos obliga a decantar constantemente sus diversos enfoques teóricos y políticos. Existen oposiciones insalvables entre las perspectivas del “capitalismo verde” y los ecosocialismos.

La primera oposición irreconciliable remite a la caracterización y papel de la formación social capitalista en el colapso ambiental. Para el ecosocialismo, el sistema capitalista de forma estructural y no accidental contiene la tendencia a la destrucción y devastación de la naturaleza, la reproducción social del trabajo y las diversas formas de vida; existe un vínculo estructural entre crisis ecológica y capitalismo. Mientras el "capitalismo verde" considera que esta formación social puede mitigar, adaptarse y renovarse al tomar ciertas medidas sobre el cambio climático y el uso de energías fósiles. El ecosocialismo se concibe como una alternativa social al capitalismo; el "capitalismo verde" como una contención a las rupturas sistémicas para restaurar el capitalismo.

La segunda tensión se manifiesta en ciertas categorías centrales de la concepción de la sociedad y la historia. El "capitalismo verde" sustenta su visión de la historia social en nociones como "progreso", "desarrollo", "modernización", "industrialización", "tecnología", entre otras, mientras las perspectivas "ecosocialistas" cultivan una relación crítica con ellas porque muchos de sus usos han sido parte determinante en la consolidación de la catástrofe ecológica. Para el análisis ecosocialista se trata de una crisis multiforme y multidimensional que afecta el patrón civilizatorio en sus componentes clasista, antropocéntrico, colonial, patriarcal, racista, donde la ciencia y la tecnología occidentales también contribuyen a su profundización.

La tercera oposición se centra en la discursividad sobre la etiología de la crisis climática. El "capitalismo verde" ubica su causalidad en el uso de energías fósiles, la excesiva generación de CO<sub>2</sub> y sus consecuencias en el cambio climático; de los nueve "límites planetarios", subrayados por J. Rockstrom, se acentúa el cambio climático, llegando a concebir la posibilidad de un mayor crecimiento económico aprovechando este fenómeno climático. El ecosocialismo sitúa la causalidad en la formación social capitalista y la crisis de ciertos factores del patrón civilizatorio occidental, tomando en cuenta el conjunto de componentes de los límites planetarios (cambio climático; pérdida de biodiversidad; ciclos de nitrógeno y fósforo; cambios en el uso del suelo; acidificación de los océanos; aumento del consumo de agua dulce; destrucción de la capa de ozono; concentración de aerosoles atmosféricos; contaminación química). El crecimiento económico capitalista y su afán de lucro privado por las clases poseedoras son causas centrales de la catástrofe natural.

La cuarta tensión se despliega en las respuestas y horizontes de solución al colapso ecológico. Para el “capitalismo verde” el camino es la denominada “transición energética” cuyos núcleos duros son utilización de energías no fósiles, crecer mientras se reducen las emisiones de efecto invernadero, seguir estimulando los mercados, confiar en las soluciones tecnológicas y permitir el pago de los daños ambientales del Norte Global a través de mecanismos monetizados en el Sur Global. El ecosocialismo considera que el horizonte exige un nuevo orden social que derrumbe la lógica depredadora y caníbal del sistema capitalista.

Hemos intentado con estas “notas” aportar algunos contenidos teóricos a esta polémica entre “capitalismo verde” y “ecosocialismo”, estableciendo la oposición entre estas dos tradiciones tanto en sus orígenes conceptuales, tesis centrales, como actitud política frente al capitalismo.

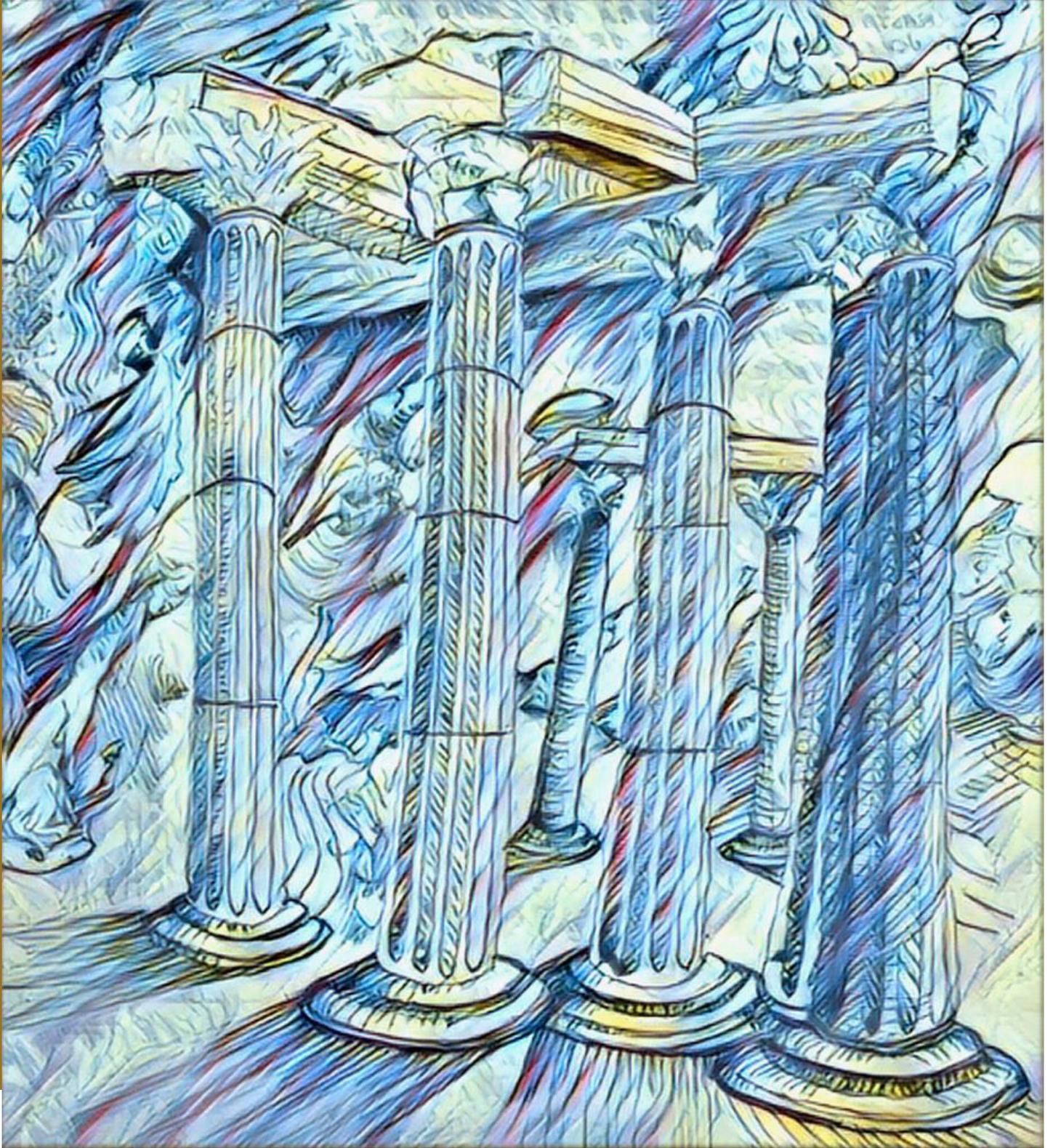
### **Referencias bibliográficas**

Fraser, N (2023). Capitalismo Caníbal. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Harvey, D. (2017). 17 contradicciones y el fin del capitalismo. Bilbao: Euskal Herriko Komunistak.

Lowy, M. (2014). Ecosocialismo. China: Ocean Sur.

Saito, K. (2022). El capital en la era del Antropoceno. Barcelona: Editorial Penguin.



## **IMPERIALISMO ECOLÓGICO Y/O IMPERIALISMO VERDE: ¿Categorías o conceptos emergentes?**

Giovanni Libreros Jiménez\*

*Pensar es conocer mediante conceptos*

I. Kant (1.781)

*Si se piensa en los términos de la historia de las ideas, puede decirse que las consecuencias de la «crítica de la razón» habrían sido, por un lado, la instauración del «pensar» crítico y, por otro, la «intuición» de que la razón y el pensamiento filosófico no sirven para nada y que «crítica» quiere decir destrucción, en el pensamiento, de todo aquello de lo que se vale (algo que es contrario a la noción kantiana de «crítica» como limitación y purificación)*

H. Arendt (1.970)

**E**n tiempos en que la esperanza se confunde con el entusiasmo, una dosis de desencanto viene bien a las almas bien intencionadas. Por cierto, Michel Löwy decía que para W. Benjamin no había nada más ridículo que el optimismo promovido por los partidos burgueses y la socialdemocracia, cuyos programas políticos no eran más que “malos poemas de primavera”. De acuerdo con esto, el filósofo alemán se habría opuesto a este “optimismo sin conciencia” de quienes abrazan la ideología del progreso lineal (2003, p. 24). Recordemos que esta impugnación lo había puesto en contradicción con los partidos prosoviéticos. El estalinismo, en particular, había mostrado un culto por el desarrollismo y una intención de edificar un capitalismo estatal en lugar de la sociedad comunista. Actualmente, las izquierdas progresistas emulan el productivismo como la vía para las reformas y los anhelados cambios. Entretanto, la ecología parece servir de ornamento a los gobiernos alternati-

1 Filósofo e investigador. Fundación Walter Benjamin para la Investigación Social.

vos, mientras éstos pretenden acelerar los planes de reindustrialización en los países satélites.

Se requiere entonces una crítica de los ambientalismos como fundamento de una contrahegemonía al “ecologismo capitalista”. Desde esta perspectiva, partimos de la siguiente premisa: la creciente preocupación por la crisis climática habilita dos ideas que interpelan el proceso de institucionalización de las transiciones energéticas, estos son el *imperialismo ecológico* y el *imperialismo verde*.

Estas nociones contribuyen a pensar las formas como se produce las relaciones de recolonización biológica, el dominio de las finanzas verdes y la instrumentalización del calentamiento global para enarbolar una ecología para la continuidad del neoliberalismo. Por tanto, en el presente artículo exploraremos ambas nociones como categorías y conceptos emergentes. Lo emergente lo entendemos aquí como un proceso de negatividad que confronta el saber instituido y los regímenes de verdad. Con este criterio nos planteamos tres interrogantes así: ¿por qué considerar el imperialismo ecológico y el imperialismo verde como categorías y conceptos? ¿cuáles son los componentes que los caracterizan y cómo están interconectados? Además, ¿por qué serían importantes para la crítica del discurso ecológico del capitalismo?

Para su desarrollo dividimos la exposición en tres partes. En la primera reflexionaremos en torno al estatuto filosófico, ético y político de las categorías y los conceptos. En la segunda haremos una breve descripción de la teoría clásica y contemporánea del imperialismo y, en la última, intentaremos rastrear las nociones en cuestión y su potencialidad crítica. Por último, hay que decir que el presente escrito tan solo tiene un alcance exploratorio, por lo que no pretendemos una respuesta consolidada a nuestras preguntas, sino más bien una aproximación para continuar pensando esta cuestión en trabajos posteriores.

### 1. Entre categorías y conceptos

El desafío ético de la actual política consiste en restituir colectivamente el acto mismo de pensar. Vivimos un tiempo de promesas, pragmatismo y acomodamiento que se mueven con los vaivenes de la coyuntura. Pero, lo que buscamos no sería tanto una respuesta acerca de lo que significa pensar. Nuestra inquietud no es tanto

de origen epistémico ni tampoco pretende decir cómo pensar; mucho menos está en nuestro deseo moralizar sobre lo correcto e incorrecto de nuestra situación presente. Más bien, lo que nos interesa abordar, como lo propone H. Arendt en su diálogo con I. Kant, es *un modo político de plantear las preguntas: indagar por el «por qué» más que sobre el «qué» de las cosas*. Por tanto, cuando hablamos de categorías y conceptos, lo hacemos en relación con sus fines últimos y no tanto por su lógica causal (sin llegar a desconocerla).

En este criterio abordamos la cuestión sobre si el concepto de imperialismo ecológico y/o verde pueden considerarse como nociones emergentes en la política contemporánea. Consideramos necesaria esta reflexión, pues, una comprensión consecuente sobre un asunto tan serio no podría limitarse al “sentido común” o a las “verdades científicas”, ya que tal pasividad del espíritu constataría precisamente nuestra incapacidad de pensar. Por eso, creemos que el pensamiento crítico requiere intervenir ante este letargo para interrumpir las certezas que están llevando el deseo de cambio a este “indiferentismo total” (Arendt, 2003). Pensar en la naturaleza de nuestras acciones (y discursos) y a quién finalmente benefician, implican un ejercicio de responsabilidad que no se puede evadir. En este sentido, un pensamiento hegemónico determinado por las imágenes de un “progresar ininterrumpido”, puede ser la antesala de la emergencia de un mal mayor.

Para pensar los peligros en el ahora, requerimos abandonar ciertos presupuestos metafísicos. Por ejemplo, que las economías verdes van a salvar los bosques o que el mercado de bonos de carbono sirve para mitigar el calentamiento global, entre otras fábulas pensadas para aclimatar las tormentas sociales y políticas desatadas por la “contradicción ecológica del capitalismo” (Fraser, 2023).

Nuestra hipótesis plantea entonces que las nociones imperialismo ecológico e imperialismo verde operan como *categorías* y como *conceptos*. En el primer caso, aludimos a Kant (2010) quien consideró que todo conocimiento se origina y se consume en la experiencia, proporcionando el material con los que construimos los conceptos de la razón (p. 39). En el segundo caso, la referencia nos lleva a Hegel (1976) quien defendía el carácter dual de todo saber que pretenda manifestar su carácter objetivo: por un lado, su relación frente al *concepto* independiente y, por otro, su *existencia* autónoma. En el primer sentido, el objeto del saber se opone al sujeto, es decir, el mundo múltiple en su existencia inmediata entra en un conflicto constante con éste, buscando afirmar su propia certeza. En

**Para pensar los peligros en el ahora, requerimos abandonar ciertos presupuestos metafísicos. Por ejemplo, que las economías verdes van a salvar los bosques o que el mercado de bonos de carbono sirve para mitigar el calentamiento global.**

el segundo sentido, el saber adquiere el significado de ser un objeto en general que puede ser relevante para cualquier interés o actividad humana relacionada con él (Hegel, 1976, p. 625).

Resulta que la forma histórica de este conflicto es la «alienación» [*Entfremdung*], un estado donde la realidad se independiza de sus productores deviniendo en fuerza exterior que somete la conciencia social: “A menos que el hombre logre reunir las distintas partes de su mundo, y poner a la naturaleza y a la sociedad al alcance de su razón, estará para siempre condenado a la frustración” (Marcuse, 1994, p. 29). Entonces, si pensamos con esta perspectiva el imperialismo ecológico y/o verde, como categorías y como conceptos, podríamos formular dos ideas: **1)** como categoría, proponer formas enunciativas que den cuenta de un tipo de capitalismo que va más allá de lo económico y cuya experiencia acumulativa concreta está diluyendo las fronteras entre la clase, el género, la raza, la especie y la nación; y **2)** como concepto, crear una imagen de totalidad que permita replantear el campo de la teoría crítica para repensar un proyecto emancipatorio que incorpore perspectivas anticapitalistas desde el feminismo, la ecología, la política, el antiimperialismo y el antirracismo (Fraser, 2023, p. 45). Justamente, sobre este doble filo, es que nos apoyamos para afirmar ese doble carácter con el que nos proponemos aprehender las nociones de imperialismo ecológico e imperialismo verde.

## **2. Imperialismo: Entre lo clásico y lo contemporáneo**

Antes de continuar debemos indicar que la profundidad de una teoría no admite tratamientos arbitrarios, ni simplificados. No obstante, precisamos de un esquema general para ubicar algunas coordenadas que consideren el imperialismo ecológico y al imperialismo verde como elementos derivados del orden capitalista. En su génesis, los aspectos más

relevantes están vinculados con el capitalismo monopolista y colonial que nació con la expansión europea de finales del siglo XIX y principios del XX.

Cuando Lenin escribió sobre el imperialismo, previamente se habían publicado dos trabajos que adelantaron las primeras tesis. El primero, elaborado por J. Hobson en 1902, identificó el concepto con la transformación del capitalismo en imperialismo. Por entonces, argumentó que la distribución desigual de la riqueza generaba un excedente que necesitaba ser invertido en el extranjero. Con ello explicó la relación entre la competencia comercial y los enfrentamientos bélicos entre las potencias que disputaban los territorios coloniales en África, Asia, Oriente Medio y América Latina. El segundo trabajo fue realizado por el marxista austríaco R. Hilferding y vio la luz en el año de 1910. Allí se anticipó la noción de capital financiero refiriéndose al dominio del capitalismo monopolista producto de la fusión entre el capital bancario y el industrial. Esta nueva forma subsumió los créditos de la producción y las transacciones comerciales permitiendo ejercer un mayor control sobre la economía y la sociedad.

Así, Hobson y Hilferding sentaron las bases para el análisis desarrollado por Lenin en 1917. En esta obra se ofrece una visión más robusta del imperialismo y sus implicaciones. En consecuencia, Lenin plantea cinco rasgos esenciales: 1) concentración del capital y la producción en unas pocas empresas; 2) concentración de bancos y surgimiento del capital financiero (pocos bancos controlan la financiación de las empresas); 3) dominio del capital financiero y la oligarquía financiera con el poder de controlar grandes empresas con inversiones relativamente pequeñas; 4) exportación de capital excedente generado por el sistema monopolista; y 5) conquistas coloniales y expansión acelerada impulsada por la exportación de capital (el objetivo es acumular en territorios extranjeros considerados ricos en recursos naturales).

Con todo, estas caracterizaciones no estuvieron exentas de polémicas. En la tradición socialista son conocidas las controversias que R. Luxemburgo sostuvo con el marxismo oficial de la segunda internacional. Sin embargo, poca fue la militancia que estuvo al tanto de los detalles, en especial sobre el diálogo crítico que entabló la pensadora polaca con Lenin e inclusive con Marx. Aunque no podemos abordarlos, conviene destacar algunas cuestiones plasmadas en su obra de 1913, *La acumulación del capital*. Estas páginas plantean que la acumulación tiene un doble carácter: ocurre en los sitios de producción de la plusvalía (fábricas, minas,

producción agrícola y en el comercio), pero también se realiza entre el capital y las formas de producción no capitalista.

Justamente, este segundo carácter desataca que la acumulación necesita de la intervención violenta del Estado y, si bien Marx había abordado esta cuestión en *La llamada acumulación originaria*, lo novedoso es que Luxemburgo señala que esta violencia no es exclusiva de las etapas primigenias del capitalismo, sino que constituye un *continuum* de su desarrollo histórico. Por ejemplo, Isabel Loureiro (2021) asegura que el mérito de esta pensadora consiste en haber percibido que el saqueo perpetrado en los países coloniales no estaba restringido –como pensaba Marx– al periodo de la llamada “acumulación primitiva” sino que era un rasgo esencial de toda acumulación.

Precisamente, este *continuum* de violencia es lo que explica el nexo entre imperialismo y el militarismo como formas necesarias e inmanentes del capitalismo independientemente que éste experimente tránsitos pacíficos. Esta regularidad permite extraer otra conclusión: no existe un capitalismo democrático al que pueda llegarse a través de un proceso de reformas como lo creía la socialdemocracia alemana de finales del siglo XIX y como lo pretende el progresismo del siglo XXI. Esto porque la reproducción ampliada necesita colonizar nuevos mercados y, por consiguiente, la producción solo puede aumentarse si la demanda crece también, lo que solo ocurre por fuera del mercado interno. Por consiguiente, tal incremento solo puede hallarse en los territorios coloniales y por contera se explica por qué el capitalismo colonial no es una fase superada sino más bien un rasgo estructural del sistema imperialista.

En resumen, el imperialismo tiene un carácter colonial porque opera como un mecanismo eficiente para resolver los problemas de acumulación. Por eso, los acentos críticos de Luxemburgo, lejos de romper con la tradición marxista lo revitalizan, en la medida en que explica las causas por las que las potencias necesitan invadir los espacios no capitalistas (territorios y actividades humanas), en especial, los lugares donde los pueblos no blancos lograron establecer formas comunes de propiedad, producción e intercambio.

Por el momento, nos resulta imposible examinar otras elaboraciones más recientes. Brevemente mencionaremos a D. Harvey



(2005) quien introduce categorías como “acumulación por desposesión” que si bien guarda una continuidad con respecto a la “acumulación originaria” de Marx, rescata a su vez las elaboraciones críticas de R. Luxemburgo. Estos enfoques permiten comprender las condiciones actuales de la producción, la reproducción y la acumulación desde dimensiones diferentes a las del despojo violento.

### 3. **¿Imperialismo ecológico o imperialismo verde?**

Este último apartado lo hemos dividido en tres subpartes. En el primero explicaremos la noción de imperialismo ecológico desde las perspectivas de A. W. Crosby y en B. Clark & J. Foster, y por qué descartamos otras nociones como las de imperialismo climático. En la segunda, presentaremos una pequeña cartografía acerca de las conceptualizaciones sobre el imperialismo verde. Y, por último, plateamos algunos elementos de crítica seguida de nuestra conclusión.

Comenzaremos por decir que la noción de “imperialismo ecológico” que introduce Crosby (1999) induce a pensar que es anterior a la del “impe-

**No existe un capitalismo democrático al que pueda llegarse a través de un proceso de reformas como lo creía la socialdemocracia alemana de finales del siglo XIX y como lo pretende el progresismo del siglo XXI. Esto porque la reproducción ampliada necesita colonizar nuevos mercados y, por consiguiente, la producción solo puede aumentarse si la demanda crece también, lo que solo ocurre por fuera del mercado interno.**

rialismo verde". No obstante, las investigaciones de Clark & Foster (2012) permiten una aplicación contemporánea del imperialismo ecológico en una línea de continuidad con los trabajos de Marx aun cuando éste no haya utilizado el término en cuestión. Otras propuestas prefieren caracterizar el fenómeno como "imperialismo climático", es decir, como la forma que emerge en el siglo XXI a raíz del cambio climático causado por la "explotación desmedida" de la metrópoli en los "países en desarrollo" (Ghosh, Chakraborty & Das, 2023). Consideramos que esta última lectura se ubica en una perspectiva liberal puesto que se limita a criticar las "acciones insuficientes" de los países ricos para combatir los efectos de la explotación sobre los "recursos naturales" y sus impactos en la "desigualdad social y económica". Preferimos entonces enfocarnos en las líneas más cercanas con la perspectiva marxista.

Retomando la obra de Crosby (1999), si bien ésta no ofrece una idea sistemática ni una definición condensada sobre el imperialismo ecológico, si aporta los elementos que contribuyen a un desarrollo sobre el éxito de la expansión imperial europea. En este sentido, su tesis apunta a que la colonización no fue posible solo por la superioridad tecnológica, militar, política y económica del viejo continente, sino porque este proceso estuvo vinculado con el factor ecológico: "El éxito del imperialismo europeo tiene que ver con el componente biológico" (p. 19).

En su origen, esta expansión inició en el siglo X y se prolongó hasta una etapa avanzada del siglo XIX, período que coincide con la emergencia del capitalismo monopolista y colonial, como explicamos previamente. Los primeros episodios se materializaron durante los siglos X al XV, por un lado, con las incursiones normandas hacia el occidente, por otro, con las cruzadas en el Oriente Medio. Crosby resalta que ambos proyectos fracasaron debido a los

obstáculos biológicos lo que explica por qué solo a partir del siglo XV es que prosperan los esfuerzos colonizadores, es decir, cuando logran establecerse en tierras y climas más afines a los europeos: Norteamérica, Sudamérica meridional, las costas africanas y, un par de siglos más tarde, en Australia y Nueva Zelanda.

En este análisis se destacan dos categorías centrales: *Nuevas Europas* y *Biotas*. Con las Nuevas Europas se explica el proceso de establecimiento de sistemas agrarios similares a los europeos en los territorios coloniales durante los siglos XVI al XVII. Este involucró prácticas agrícolas, cultivos y animales que cambiaron los ecosistemas para crear ambientes semejantes a los del viejo continente. Así, pese a la variedad de climas y contextos geográficos, los colonizadores lograron imponer entornos, estructuras y modos de producción con profundas consecuencias para los pueblos nativos.

Con las Biotas se define el conjunto de la fauna y la flora presentes en una región biogeográfica. Este término resalta las variables biológicas que resultaron afectadas por la llegada de los colonos y la consecuente incorporación de especies invasoras de fauna, flora y agentes patógenos. Precisamente, esta transformación ecológica instauró versiones adaptadas de Europa llegando a convertirse en un mecanismo eficiente de dominación. Por ejemplo, la guerra biológica desatada contra los indígenas terminó invirtiendo la balanza demográfica.

En síntesis, el imperialismo ecológico responde a un extenso proceso presionado por la explosión demográfica y la escasez de tierra cultivable, las rivalidades nacionales y la persecución de minorías, la aplicación del vapor a los medios de transporte terrestre y marítimos, pero cuyo factor determinante fue el “bio-geográfico”. Pensamos que esta dinámica se consuma con el advenimiento del capitalismo europeo monopolista y colonial, por lo que las caracterizaciones del marxismo de los siglos XIX y XX complementan esta historia de la dominación europea.

En contraste, la perspectiva de B. Clark y J. B. Foster (2012) proponen la categoría de “fractura metabólica global” para referirse al origen del imperialismo ecológico durante el siglo XIX, cuando el comercio internacional de guano y nitratos unió a China, Perú, Chile, Gran Bretaña y los Estados Unidos en una triple relación: expansión económica, imperialismo y explotación ecológica. Así, verificamos el comienzo del agotamiento de la tierra acelerado por el avance de la ciencia del suelo, “la transformación de los paisajes, el traslado de poblaciones humanas, la explotación de la naturaleza y las naciones periféricas, y la integración

de la economía global". Esta perspectiva ofrece una explicación del funcionamiento del imperialismo ecológico y sobre por qué la fractura metabólica es el resultado de la degradación ambiental y el intercambio ecológico desigual. Además, permite comprender las causas del "sobregiro ambiental" que garantizó la prosperidad europea mientras que ocultó la degradación ecológica del capitalismo industrial (p. 7).

En suma, la expansión del imperialismo ecológico provoca un conjunto de contradicciones que ponen en peligro la integridad de la biosfera. En este contexto, solo nos quedaría confrontar radicalmente la fractura de las relaciones ecológicas y su nexa con el imperialismo: "Más que nunca, el mundo necesita lo que exigían los primeros pensadores socialistas, incluyendo a Marx: la organización racional del metabolismo humano con la naturaleza, a través de una sociedad (o sociedades) de productores libremente asociados, con el fin de establecer un orden metabólico social no basado en la acumulación de capital y la degradación de la Tierra" (p. 20).

En segundo lugar, pasamos a tratar las conceptualizaciones sobre el imperialismo verde. Nuestra indagación preliminar permite ubicar dos coordenadas: la primera utiliza el término sin nunca llegar a definirlo; la segunda se arriesga a una definición a partir de diversas fuentes de teorización.

En el primer nivel constatamos distintos usos, así: a) algunos vinculan la categoría con el auge mundial de los agrocombustibles; b) otros lo relacionan con la "falacia ecologista", es decir, un movimiento ideológico que fomenta el subdesarrollo para que los países jóvenes sigan siendo lo que son: "reservas de materias primas y de mano de obra barata para las grandes potencias"; c) hay quienes lo conectan con las asimetrías en la distribución de cargas y beneficios que se decide en el concierto global para enfrentar la crisis climática y la degradación ambiental; y d) también existen quienes lo asocian con la guerra de Ucrania y la carrera geopolítica por el control del gas natural en Europa.

En el segundo nivel, logramos establecer un intento de conceptualización desde la economía política internacional. En este caso encontramos la elaboración de un grupo internacional de investigadores pertenecientes a las Universidades de Lausanne, los Andes y Quebec. En su glosario de conceptos aparece la siguiente

entrada: “El imperialismo verde es una estrategia de conquista de un Estado soberano sobre otro en nombre de la preservación de la naturaleza” (Diagonales Atlánticas, 2022).

En principio esta definición no dice mucho sobre el carácter capitalista de las políticas medioambientales y sobre la concepción alineada de la naturaleza que la entiende solo como un recurso explotable en función del desarrollo y el crecimiento económico. No obstante, los investigadores se apoyaron en diversas fuentes, algunas de ellas con un interesante potencial crítico. En esta cartografía identificamos cuatro abordajes: 1) como la del *colonialismo verde* en la que los gobiernos subordinados desplazan poblaciones locales y les prohíben la agricultura en nombre de la conservación y recuperación de zonas catalogadas como “naturales”; 2) como las prácticas coloniales sobre la riqueza *forestal* que crearon sistemas de trabajo forzoso y que confinaron a las poblaciones locales al suministro de madera, mientras se les prohibía talar los bosques para sus necesidades; 3) como la historia en la que los países occidentales trataron de crear un medio ambiente sostenible al tiempo que introducían una variedad de factores que lo hacían imposible; y 4) como la exportación de leyes, reglamentos y normas medioambientales de los países industrializados hacia los países en desarrollo que frenan su crecimiento económico.

Para finalizar consideraremos algunos aspectos de crítica. Si bien esta diversidad de conceptualizaciones ofrece una mirada amplia, muestran también sus limitaciones, puesto que su crítica al imperialismo verde estriba en que éste impide la transición de los países en desarrollo hacia economías sostenibles y adecuadas con la acción climática. Esta postura parece estar más acorde con las ambigüedades del “ecologismo progresista” y del capitalismo verde: crecimiento sostenible y uso intensivo del conocimiento; biodiversidad y servicios ecosistémicos; reindustrialización basada en la bioeconomía; superación de la brecha de financiamiento climático; “bioproductos” para el mercado nacional e internacional, comercialización de bonos verdes, entre otros elementos, y que hacen parte del modelo de transformación productiva, internacionalización y acción climática.

En conclusión, pensamos que en las nociones de imperialismo verde e imperialismo climático predomina una crítica funcional a la reproducción del orden vigente, lo que concuerda con una situación histórica en donde todavía no se logra una maduración de la conciencia anticapitalista. Por otra parte, nos parece que el concepto de imperialismo ecológico de A. W. Crosby, por un lado, y de B. Clark & J. B. Foster, por otro, tienen una mayor relevancia en la elaboración de una crítica marxista al ecologismo y el

capitalismo verde. En fin, más allá de la cuestión de las categorías y los conceptos se abre un interesante campo de batalla ética, cultural y ambiental para los revolucionarios, uno en donde sea posible pensar la política más allá del posibilismo democrático que, bajo la idea de avanzar y acumular en el marco de las instituciones del capital, evade la tarea más urgente en el aquí y en el ahora: poner fin al horror y a la explotación de la naturaleza y la humanidad entera.

## Referencias bibliográficas

Arendt, H. (2003). *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*. Paidós.

Clark, Brett; Foster, J. (2012). Imperialismo ecológico y la fractura metabólica global. Intercambio desigual y el comercio de guano/nitratos. *Revista Theomai*, 26(Segundo semestre), 1–24.

Crosby, A. W. (1999). *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*. Editorial Crítica, S.L.

Diagonales Atlánticas. (2022). *Imperialismo Verde*. Glosario de Economía Política Internacional. <https://sepia2.unil.ch/wp/diagonal/es/imperialismo-verde/>

Fraser, N. (2023). *Capitalismo canibal*. Siglo veintiuno editores.

Ghosh, Jayati; Chakraborty, Shouvik; Das, D. (2023). El imperialismo climático en el siglo XXI. *El Trimestre Económico*, 90(357), 267–291. <https://doi.org/10.20430/ete.v90i357.1785>

Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión*. Clacso. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>

Hegel G. W. F. (1976). *Ciencia de la lógica*. Solar / Hachete.

Kant, I. (2010). *Crítica de la razón pura*. Gredos.

Loureiro, I. (2021). 02 - *La acumulación del capital*. Fundación Rosa Luxemburgo. <https://www.youtube.com/watch?v=P9ihiBs2NH0>

Löwy, M. (2003). *Walter Benjamin: Aviso de incendio*. Fondo de Cultura Económica.

Marcuse, H. (1994). *Razón y revolución*. Altaya.



## EL ECOFEMINISMO: CRÍTICA EMANCIPATORIA Y ANTICAPITALISTA

Mary Cruz Ortega Hernández\*

**E**n los últimos años ha surgido una modalidad de feminismo que se perfila como “dominante” en el panorama contemporáneo. Esta modalidad, que encuentra su escenario principal en las redes sociales, tiene como objetivo central la denuncia de las “violencias basadas en género” y se fundamenta en premisas que se consideran incuestionables. Sin embargo, sostenemos que esta orientación tiende a evitar cuestiones sustanciales, quedando atrapada en el léxico y el marco conceptual asociados a las instituciones de cooperación y las medidas intervencionistas estatales, que buscan implementar acciones para liberar a las mujeres del sur global de las coerciones violentas impuestas por aquellos “hombres bárbaros con los que comparten su entorno”. Consideramos que se trata de una corriente que aparenta una “radicalidad” en sus formas y exigencias, pero que se mantiene en la superficie epidérmica de las diversas formas de opresión y dominación, específicamente en la violencia “directa o subjetiva”, empleando los términos propuestos por Zizek (2009)<sup>1</sup>.

En el presente artículo, nos proponemos apartar la mirada, aunque sea brevemente, hacia lo que la pensadora alemana Barbara Holland-Cunz (1996) describe como una “corriente no dominante”. Al emplear este término, la autora destaca: “Utilizo el término ‘corriente no dominante’ para referirme a aquella corriente que a) no ha logrado imponerse ni teórica ni prácticamente en su época dentro del proceso de desarrollo social; b) ha presentado enfoques conceptuales no dominantes; y c) puede tener una relevancia práctica en relación con los planteamientos teóricos actuales” (p. 19). Nuestro propósito consiste en dirigir nuestra atención hacia un tema que parece no captar el interés de la corriente predomi-

---

1 Abogada de la Universidad de Cartagena. Magister en Derechos Humanos, Interculturalidad y Desarrollo, de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla, España). Doctora en Derechos Humanos, de la Universidad de Barcelona. Candidata al doctorado en Filosofía, de la Universidad Complutense de Madrid.

nante: la interconexión entre el movimiento feminista y la ecología. Desde hace aproximadamente cinco décadas, esta convergencia ha sido identificada como “Ecofeminismos”, un término que engloba múltiples perspectivas y enfoques, y que ha centrado su atención en cuestiones arraigadas en el sistema de dominación y opresión tanto de la mujer como de la naturaleza. Este enfoque feminista, que se orienta hacia la emancipación humana, parece haber quedado rezagado en medio del maremágnum de “likes” que resultan de la virtualización y digitalización de “las denuncias”.

Enfocamos nuestra atención en exponer, a lo largo de su trayectoria, algunas de las tesis esenciales del ecofeminismo que persiguen la emancipación humana y plantean visiones anticapitalistas. En este sentido, estructuramos el presente artículo en tres partes que intentan revisar de manera crítica estas perspectivas. El primer momento elabora una aproximación genérica a las nociones de “ecología” y “ecologismo”. La segunda parte se adentra en el análisis de las relaciones que se establecen entre la mujer y la naturaleza, a partir de la visión de la ecología, el marxismo y el ecofeminismo. En la tercera, analizamos las apuestas audaces que los ecofeminismos presentan frente al sistema económico capitalista, el rol del Estado y las posturas adoptadas en relación con la subjetividad masculina y el patriarcado en esta corriente del pensamiento contemporáneo.

### 1. Ecología y ecologismo

La ecología, definida por Ernst Haeckel en 1869 como “el estudio de la interdependencia y de la interacción entre los organismos vivos (animales y plantas) y su ambiente (seres inorgánicos)”, emerge como un componente integral de la ciencia biológica, con su enfoque primordial en las relaciones existentes entre los seres animados y su entorno circundante. No obstante, esta conceptualización ha evolucionado para incluir un enfoque más específico en la interacción humana con el hábitat. Este enfoque particular se ha cristalizado en la ecología humana, un ámbito que ha sido cultivado con especial énfasis por la Escuela de Ecología de Chicago, cuyo surgimiento data de los albores del siglo XX. A través de esta perspectiva, se examinan detenidamente las interrelaciones entre los seres humanos y los espacios que habitan.

Paralelamente, se despliega una vertiente que analiza las vinculaciones entre la sociedad, en su totalidad institucional, política y económica, y el entorno ambiental. Esta rama, identificada como ecología social, explora cómo las estructuras y las dinámicas sociales influyen

en los sistemas ecológicos y viceversa, y proporciona un marco conceptual para entender cómo las acciones humanas y las políticas impactan la sostenibilidad del ecosistema.

Finalmente, emerge un movimiento de carácter crítico y denunciativo en respuesta a los efectos nocivos de las actividades humanas sobre la naturaleza. Este movimiento, conocido como ecologismo, cobra forma en las décadas de los años 60 y 70 del siglo XX, y se destaca por su compromiso en señalar y contrarrestar los impactos adversos de las prácticas humanas en el entorno natural, con el objetivo de promover prácticas más responsables y sostenibles.

El uso actual del término “ecología” está estrechamente vinculado a este último movimiento social ecologista. Este movimiento surge como respuesta ante la alarma ecológica generada por las perturbaciones que las actividades humanas estaban ocasionando en los ciclos biogeoquímicos. Estos ciclos representan los procesos de intercambio entre los componentes vivos y no vivos de la biosfera, los cuales son fundamentales para posibilitar y sostener la vida en nuestro planeta. Algunos de los ciclos más destacados incluyen el ciclo del carbono, el ciclo del agua, el ciclo del oxígeno y el ciclo del nitrógeno, entre otros ejemplos relevantes. Estas alteraciones en los ciclos biogeoquímicos son resultado de acciones exclusivamente humanas y se manifiestan como: emisiones de carbono y gases de efecto invernadero, la destrucción de ecosistemas por la actividad minera, la contaminación del aire, el agua y los suelos, la generación de ciclos acíclicos mediante sustancias sintéticas, el uso descontrolado de agroquímicos y el aumento de los procesos de lixiviación.

El ecologismo y la inquietud por las relaciones literalmente “tóxicas” entre los seres humanos y la naturaleza han dado lugar a una diversidad de enfoques éticos y políticos. Las distintas corrientes y movimientos sociales y políticos se han visto compelidos a adoptar una postura frente a la ecología: el feminismo no ha sido la excepción. En la década de 1970 emerge una vertiente conocida como ecofeminismo que fusiona estas dos relevantes luchas contemporáneas.

## **2. Vínculos entre Mujer y Naturaleza.**

Una de las temáticas cardinales en el ecofeminismo radica en la exploración de los posibles vínculos entre la mujer, concebida como una subjetividad feminizada, y la naturaleza, entendida como una feminidad objetivada. Este debate, sin embargo, nos conduce a una reflexión

*La naturalización de las diferencias de género ha engendrado una estructura social que se sustenta en roles anatómicos, confinando a la mujer en esferas reproductivas y generando un desequilibrio ecológico debido al dominio ejercido por el género masculino sobre la naturaleza.*

de mayor alcance que ha sido objeto de un análisis exhaustivo en el pensamiento teórico de la modernidad: las relaciones fundamentales entre la sociedad y la naturaleza.

De acuerdo con Nancy Fraser (2023), el término “naturaleza”, tal como es estudiado por ella, puede tener al menos tres connotaciones: Naturaleza 1: objeto de la ciencia, representa aquello ajeno al ámbito humano que porta enigmas susceptibles de ser estudiados y puestos al descubierto. Naturaleza 2: objeto del sistema capitalista, remite a aquello que puede ser apropiado y explotado, que aparenta poco valor pero que es la condición de posibilidad de todo proceso de acumulación. Naturaleza 3: objeto de estudio del materialismo histórico, refiere a las múltiples relaciones, el metabolismo y la mutua producción y reproducción de lo humano y lo natural.

Los análisis llevados a cabo por Marx y Engels han puesto de relieve lo que Nancy Fraser identifica como “Naturaleza 3”. Para estos pensadores, la interacción entre la naturaleza y la humanidad a través del trabajo representa el cimiento mismo de la vida humana. Hay cuatro aspectos que, según ellos, evidencian que esta relación es fundamentalmente histórica:

1. Producción de medios esenciales para satisfacer las necesidades básicas: Esta producción emerge como el punto de partida para la construcción de la historia. Marx y Engels (1974) expresan en estos términos: “El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma” (Marx y Engels, 1974).
2. Generación y satisfacción de nuevas necesidades: Estas necesidades emergen debido a la forma específica en que la humanidad ha evolucionado.

3. Reproducción de la vida en el ámbito de la familia: Esto también configura un evento histórico clave.
4. Cooperación y producción social: Surge de este sistema de vida, creando una interdependencia entre los seres humanos.

Desde esta perspectiva, los seres humanos se convierten en un producto histórico en sí mismos, modelado por las posibilidades de producción y reproducción de la vida que ofrece la naturaleza. Paralelamente, la perspectiva de lo que llamamos naturaleza se transforma: ya no es un ente estático y ajeno, sino que está en un estado continuo de movimiento y cambio, la naturaleza es como la historia un proceso también dialéctico.

A la humanidad como hecho histórico y a la naturaleza como fenómeno historizado, Marx añade la noción de la relación metabólica entre la humanidad y la naturaleza. En contraste con la teoría económica clásica, que confiere exclusividad al trabajo como fuente de valor, Marx sostiene que “el trabajo no es, por tanto, fuente única y exclusiva de los valores de uso producidos por él, de la riqueza material. El trabajo, dice William Petty, es su padre y la tierra su madre” (Marx, 2014, p. 48). En esta línea, emerge el concepto de la “relación metabólica”, en el cual se desenvuelve el intercambio inextricable entre la humanidad y la naturaleza. Marx otorga a esta relación una centralidad, considerándola como la condición primordial para la propia viabilidad de la vida humana: la naturaleza y la humanidad constituyen un mismo cuerpo: la naturaleza es “el cuerpo inorgánico” de la humanidad que, a través de una serie de procesos interconectados y complejos, mantiene el equilibrio necesario para garantizar la supervivencia mutua.

El análisis de las relaciones entre la mujer y la naturaleza que aporta el ecofeminismo en sus orígenes se puede ubicar en este contexto. En la obra “Dialéctica del sexo”, una contribución temprana en este diálogo, Shulamith Firestone (1976) plantea con agudeza:

“Antes de proceder a la revolución feminista, precisaremos de un análisis de la dinámica de la guerra de los sexos tan exhaustivo como resultó ser el análisis que Marx y Engels hicieron del antagonismo de clases, previo a la revolución económica. Más exhaustivo aún, porque nos enfrentamos a un problema de mayores proporciones, a una opresión que se remonta más allá de todo testimonio escrito hasta penetrar en los mismísimos umbrales del reino animal.” (Firestone, 1976)

La autora, busca profundizar allí donde ciertos análisis marxistas no han llegado. Desde esta perspectiva, Firestone postula que a lo largo de la his-



toria se ha delineado un sistema de clases sexuales, quizás cimentado en bases biológicas. Sin embargo, la autora enfatiza la necesidad contemporánea de trascender este sistema, argumentando que “lo «natural» no es necesariamente valor «humano». La humanidad ha empezado a desbordar la naturaleza. Ya no podemos justificar el mantenimiento de un sistema discriminatorio de clases sexuales basándonos en su enraizamiento en la Naturaleza.” (p. 13). La naturalización de las diferencias de género ha engendrado una estructura social que se sustenta en roles anatómicos, confinando a la mujer en esferas reproductivas y generando un desequilibrio ecológico debido al dominio ejercido por el género masculino sobre la naturaleza.

Así pues, en términos de la tecnología moderna, un movimiento ecológico revolucionario tendría el mismo objetivo que el movimiento feminista: el control de la nueva tecnología con fines humanos y el establecimiento de un equilibrio “humano” beneficioso entre el hombre y el nuevo

medio artificial que está creando, con el que sustituir al destrozado equilibrio “natural” (Firestone, 1976, p. 162).

La autora plantea entonces las conexiones entre el movimiento ecológico y el movimiento feminista en dos aspectos: “la gravedad de la explosión demográfica y los nuevos métodos para el control de la fertilidad”. Estos elementos posibilitan superar las concepciones arraigadas en la naturaleza de las diferencias de género, liberar a la mujer de las cadenas reproductivas existentes y emancipar a la humanidad de la sumisión a los procesos biológicos. Así, se erige un equilibrio artificial, propiciado por las nuevas tecnologías, en contraposición a la restauración de un equilibrio natural original, cuya viabilidad se ha visto afectada por la intervención humana.

Las visiones más contemporáneas de los ecofeminismos, sostienen que existen vínculos entre la naturaleza y la mujer que van desde visiones esencialistas de este vínculo como arraigadas en el ser “femenino” hasta aquellos que reconocen que este vínculo es el resultado de un proceso de división del trabajo que ha estado presente durante milenios en nuestra sociedad.

### **3. Interrelaciones entre Patriarcado, Estado y Capital**

Una de las características distintivas del ecofeminismo es su crítica al sistema económico capitalista. El capitalismo, que se basa en la acumulación de capital y la explotación de recursos naturales, está intrínsecamente relacionado con la opresión de género y la degradación ambiental. El ecofeminismo argumenta que el patriarcado y el capitalismo son dos caras de la misma moneda, ya que ambos perpetúan sistemas de poder basados en la dominación y la explotación. En el texto considerado fundacional del movimiento ecofeminista, “El feminismo o la Muerte” de Françoise d’Eaubonne (1974), se ubica la causa de las múltiples opresiones existentes en un mismo acontecimiento: “Si la lucha de clases, la demografía, la ecología son problemas y asuntos de hombres, es por ‘la gran derrota del sexo femenino’ que se produjo 3000 años antes de Cristo en todo el planeta.” (1974, 284).

La “gran derrota del sexo femenino” ha engendrado, para la autora, dos de los grandes problemas que tocan tanto al feminismo como al ecologismo: “las dos amenazas de extinción más inmediatas en la actualidad son la superpoblación y la destrucción de recursos” (259). Afirma que “cada una de las dos amenazas es el resultado lógico de uno de los dos descubrimientos paralelos que dieron poder a los hombres hace cincuenta siglos: su capacidad para inseminar tanto a la tierra como a las mujeres, así como su participación en el acto de reproducción” (p. 259).

***El capitalismo, que se basa en la acumulación de capital y la explotación de recursos naturales, está intrínsecamente relacionado con la opresión de género y la degradación ambiental. El ecofeminismo argumenta que el patriarcado y el capitalismo son dos caras de la misma moneda.***

Se crea para de la autora, un ciclo de “Consumo-producción” fundamentado en un poder masculino, en términos de d’Eaubonne, un falocratismo que ha explotado desmedidamente la naturaleza llevándola hasta sus límites y ha sometido a la mujer a la reproducción como único destino hasta desbordar los límites demográficos. La mujer ha quedado sometida al “poder falocrático” que la ha convertido artificialmente en una minoría.

La “revolución femenina”, al ubicarse en la raíz de estos dos grandes problemas, será la única capaz de mantener con vida un planeta para todos y todas, el “ecofeminismo” en términos de la autora se presenta con un nuevo humanismo que busca la emancipación no solo de la mujer sino de toda la humanidad y la naturaleza. Sin embargo, el sistema de dominación fundado en el dominio de lo masculino no podrá conducir a una revolución que subordine y oprima, en palabras de d’Eaubonne:

“No estamos defendiendo en absoluto una superioridad ilusoria de las mujeres sobre los hombres, ni siquiera por ‘valores’ de lo Femenino que existen sólo a nivel cultural y nada metafísico; decimos: ¿quieres vivir o morir? Si rechazas la muerte planetaria, debes aceptar la lucha de las mujeres; porque sus intereses personales, como el sexo, se superponen con los de la comunidad humana, mientras que los de los varones, individualmente, se contraponen; y esto, incluso al nivel del actual Sistema Masculino.” (d’Eaubonne, 1974, p. 291).

El ecofeminismo, según d’Eaubonne, representa una vía hacia una nueva relación entre la humanidad, la naturaleza y la igualdad de género. Busca romper con la explotación tanto de la mujer como de la naturaleza, reconociendo que la opresión de uno está intrínsecamente ligada a la opresión del otro. En última instancia, el ecofeminismo plantea un camino hacia la liberación de todos los seres humanos y la restauración de un equilibrio sostenible con la naturaleza.

Sobre esta tesis general también podemos identificar a autoras como Carolyn Merchant, que en su libro “The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution” (1980), argumenta que la cosmovisión dominante en la Europa moderna temprana contribuyó a la subordinación tanto de las mujeres como de la naturaleza. Ella sostiene que la concepción de la naturaleza como algo inerte y pasivo se relacionaba con la percepción de las mujeres como seres pasivos y subordinados. Merchant destaca cómo esta cosmovisión influyó en la revolución científica y en la explotación de los recursos naturales.

Vandana Shiva, por su parte, ha discutido cómo la degradación del medio ambiente está relacionada con la explotación de las comunidades rurales, donde las mujeres a menudo desempeñan un papel crucial en la gestión de recursos naturales. Ella argumenta que la agricultura industrial y las corporaciones multinacionales ejercen un control dominante sobre la naturaleza y, al hacerlo, perpetúan las desigualdades de género.

El ecofeminismo, al exponer el problema del patriarcado, conduce a una revisión de sus manifestaciones en el sistema de producción y en el sistema de poder capitalista. Maria Mies, en su obra “Patriarchy and Accumulation on a World Scale” (1986), explora la intrínseca conexión entre el patriarcado y el capitalismo. Argumenta que el trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar y en la comunidad es fundamental para el funcionamiento del capitalismo, ya que permite a los trabajadores masculinos ser más productivos en sus empleos remunerados.

La raíz de este problema se encuentra en las formas en que el capitalismo organiza y divide el trabajo. Según Quijano (2007), este sistema utiliza diversas formas de trabajo provenientes de distintos modos de producción que convergen en el modo de producción capitalista. El capitalismo clasifica a las personas basándose en tres ejes: trabajo, género y raza.

El primero se refiere al control de la fuerza de trabajo y los recursos “naturales”, que se institucionaliza como “propiedad”. El segundo involucra el control del sexo y sus productos (placer y descendencia), también en función de la propiedad. La “raza” se introduce en el capitalismo eurocéntrico en función de ambos ejes (Quijano, 2007).

La propiedad abarca el trabajo en todas sus formas, así como las labores de producción y reproducción de la vida, que recaen en las mujeres. Aunque estas no contribuyen directamente a la producción de plusvalía desde la perspectiva capitalista, son fundamentales para mantener el sistema en su totalidad. Finalmente, la raza se conecta con los ejes del trabajo y del género como un factor de jerarquización social, siendo el medio mediante

el cual se asigna el trabajo a los individuos. Así, la economía mundo capitalista se presenta como una estructura heterogénea y conflictiva de carácter colonial.

El Estado, entendido por el marxismo como un instrumento de dominación de clase y elemento político que articula el sistema capitalista, reproduce esta estructura de dominación que explota y subyuga a la mujer y a la naturaleza. En términos de Rita Laura Sagato, el Estado es colonialista, racista y patriarcal. No puede haber posibilidad de emancipación humana, que incluye a nuestro cuerpo inorgánico (la naturaleza), dentro de los márgenes del Estado. Es necesario organizar y gestionar formas de vida que desafíen los límites del patriarcado, el capital y el Estado si deseamos que el planeta siga siendo habitable.

El ecofeminismo ofrece una perspectiva crítica y emancipatoria, emerge como un faro de conciencia en nuestro panorama contemporáneo, arrojando luz sobre las complejas relaciones entre género, naturaleza y capitalismo. Esta corriente de pensamiento no se limita a señalar las “violencias de género”, sino que profundiza en las raíces profundas de la opresión, revelando su interconexión con la explotación de la naturaleza y el sistema económico capitalista.

Este enfoque no solo busca la liberación de las mujeres, sino que también aboga por un equilibrio sostenible entre la humanidad y la naturaleza. En un momento de urgencia ambiental y persistente desigualdad de género, el ecofeminismo ofrece un camino hacia un futuro más igualitario y en armonía con la naturaleza. Aboga por un cambio profundo en la forma en que interactuamos con la naturaleza y entre nosotros mismos, con la esperanza de construir una sociedad más justa donde la emancipación humana y la preservación del planeta estén inextricablemente entrelazadas.

## Referencias bibliográficas

d'Eaubonne, F. (1974). El feminismo o la muerte. Pierre Huray.

Engels, F. (1961). Dialéctica de la naturaleza. Grijalbo.

Firestone, S. (1976). La dialéctica del sexo: En defensa de la revolución feminista (1a ed.). Kairós.

Fraser, N. (2023). Capitalismo Caníbal. Buenos Aires: Siglo XXI.

Marx, K., & Engels, F. (1974). La ideología alemana (5ª ed.). Obras de Filosofía. Grijalbo.

Marx, K. (2014). El Capital (Vol. 1). México: Fondo de Cultura Económica.

Mies, M. (1986). Patriarchy and Accumulation on a World Scale.

Quijano, A. (2007). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. Ediciones CLACSO.



KOHEI SAITO

*El capital*  
en la era  
del Antropoceno

Una llamada a liberar la imaginación para  
cambiar el sistema y frenar el cambio climático

SINE  
QUA  
NON

## RESEÑA

## El capital en la era del Antropoceno, de Kohei Saito

Yebrail Ramírez Chaves\*

La catástrofe climática despedaza la existencia de millones de seres humanos en todo el planeta, cuerpos y almas pobres, desechos del orden social dominante, mercancía y fuerza de trabajo proletaria y semi esclava para la que respirar aire puro y beber agua es un lujo, una utopía. La continuidad de la producción capitalista y su complementario «modo de vida imperial» (Brand & Wissen, 2021a) precipitan el genuino fin de la historia, no en el sentido de Francis Fukuyama, sino en el sentido de aniquilar cualquier posibilidad de vida en la Tierra, tal como lo advierte Kohei Saito en su libro *El capital en la era del Antropoceno* (2022b).

Saito, filósofo marxista japonés que trabaja en el proyecto del *Marx-Engels-Gesamtausgabe – MEGA*, nos presenta en este segundo libro de su autoría un análisis crítico de la crisis medioambiental causada por el sistema del capital, a la vez que revitaliza el pensamiento ecologista de Karl Marx para trazar una alternativa histórica al abismo del cambio climático y la devastación de los seres humanos. En el aspecto formal, el libro de Saito se caracteriza por una prosa fresca, provocativa y didáctica, abundante tanto en ejemplos como en ataques mordaces que dan en el blanco del sistema y de las tendencias liberales, progresistas y socialdemócratas en materia de propuestas económico-ecológicas, sin que todo esto menoscabe la agudeza teórica o la solidez en el uso de las categorías y los conceptos que transversalizan los argumentos del filósofo nipón.

Ahora bien, esto no es óbice para reconocer que la perspectiva de Saito, en lo que se refiere a la estrategia política, posee, según nuestra interpretación, algunas dificultades e inconsistencias que consideramos necesario indicar, a fin de contribuir en un debate necesario dentro del movimiento anticapitalista del globo, del cual Saito se reconoce como miembro. Trataremos de señalar someramente algunas de dichas lagunas estratégicas en esta reseña.

---

1 Filósofo

*El capital en la era del Antropoceno* consta de una Introducción, ocho capítulos y un epílogo, aunque a nuestro juicio es posible dividir el libro entre grandes grupos temáticos, que referiremos a continuación.

**Parte I: Introducción, capítulos 1, 2 y 3. Crítica del capitalismo verde. ¿Un proyectil que también se enruta al progresismo?**

En este conjunto de capítulos podemos encontrar la crítica general de Saito al Antropoceno –la época en la que la huella de la actividad económica humana, signada por la lógica del modo de producción capitalista, «ha invadido hasta los últimos confines del planeta y ha agotado la periferia a la que seguir saqueando y transfiriendo sus costes y cargas» (2022b, pág. 30)– y a las propuestas teóricas que prometen una solución a la crisis sin atacar sus causas, desvelando su faz de formas de «ecoblanqueo [*greenwashing*]» (2022b, pág. 9) del orden social dominante.

En este sentido, para el autor es imperativo persistir en la crítica de las *causas fundamentales*, en niveles más profundos, ocultos, de la actual crisis climática. Y dado que la *crítica*, en su contenido dialéctico (Hegel, Marx), exige la *exposición* de las contradicciones de una forma (social e histórica) dada y la *proyección* (práctica y revolucionaria) de las posibilidades de destrucción y superación (rebasamiento inmanente de los límites) de lo que *es* a partir de su negatividad, la crítica del Antropoceno se traduce en la crítica del sistema cuya reproducción le confirió realidad: el sistema del capital. Para Saito, la causa fundamental del cambio climático es el capitalismo (2022b, pág. 12), y el punto de inflexión que desató la catástrofe lo rastrea hasta la Revolución industrial que consolidó una racionalidad económica que incrementó «ostensiblemente la carga sobre el medio ambiente» con el creciente uso de combustibles fósiles y de las emisiones de CO<sub>2</sub> (2022b, págs. 10-19).

Y como todo régimen de opresión y destrucción necesita justificación, la economía ambiental entra en escena. ¿En qué consiste? Esta economía es una rama teórica del capitalismo enfocada en resolver el problema del reparto de recursos en un entorno signado por la escasez, teniendo por lema

el principio del *win-win*: gana la naturaleza, gana el mercado (2022b, pág. 15). La agenda climática de la ONU, los Objetivos del Desarrollo Sostenible – ODS y el capitalismo cultural del consumismo verde en grandes supermercados se cimentan en dicha economía. Sin embargo, Saito muestra el carácter supersticioso y opioide de tales apuestas globales, por cuanto no tocan el problema de raíz, es decir, no son radicales sino autocomplacientes, superficiales, inefectivas.

¿Por qué? Porque se congracian con la dinámica saqueadora y destructiva del capital al tiempo que pretenden un sostenimiento ambiental como base para perpetuar el medio material de la acumulación y la producción. La economía ambiental se esfuerza por contener y ocultar la contradicción entre la lógica de desarrollo ilimitado y de autovalorización infinita del capital, por un lado, y la finitud del planeta, por otro.

Semejante embrollo pretende ser ordenado por el capital por medio de transferencias que se justifican con el principio de la «externalización»: las cargas, los efectos, las consecuencias, los desechos, los residuos del modo de vida imperial propio de los países económicamente desarrollados se *externalizan*, se expulsan a la periferia y a la naturaleza (2022b, págs. 22-28), y devienen desgracias (presentes y futuras) de los países pobres.

Pero la crítica de Saito no se acota al sistema del capital, pues las tentativas del keynesianismo medioambiental y del decrecimiento capitalista también son objeto de la refutación marxista del filósofo, en la medida en que son reveladas como tendencias incapaces de resolver el problema y, en última instancia, cómplices de la debacle, debido a que ignoran, precisamente, la contradicción finitud / infinitud, y ciñen con devoción sus presupuestos a los mandatos de crecimiento económico perpetuo.

En efecto, el keynesianismo medioambiental se caracteriza por «un conjunto de propuestas políticas que comprende estímulos fiscales e inversiones públicas a gran escala para promover el uso de energías renovables o impulsar el uso de coches eléctricos» (2022b, pág. 50), aspirando con ello a «generar empleos estables bien remunerados y estimular la actividad económica» (2022b, pág. 50), y a ralentizar o detener la subida de las temperaturas del planeta sin damnificar el crecimiento del PIB (2022b, pág. 57). ¿Qué reluce aquí? ¡Así es! El «innovador» programa económico de los progresismos actuales en el mundo, incluyendo el que encabeza Gustavo Petro.

De tal manera, Saito explica que en la era del Antropoceno se han quebrantado cuatro de los nueve límites planetarios, amenazando con pulverizar la resiliencia de la Tierra. Y lo más grave es que, sea con la dinámica actual, sea con los ODS, o sea con la consecución del programa del keynesianismo medioambiental, la tendencia apunta a seguir quebrándolos, dada la continuidad capitalista. Según Saito, esta tendencia de rebasamiento de los límites de la resiliencia es completamente armónica al keynesianismo medioambiental (2022b, págs. 53-55), pues éste «promete un futuro que hará sostenible el modo de vida imperial actual» (2022b, pág. 76). En otras palabras, la salida keynesiana medioambiental es el as bajo la manga del capitalismo del siglo XXI para aplacar su propia crisis.



Otra de las escuelas que promete la salvación tanto del planeta como del régimen económico es la del decrecimiento bajo el capitalismo (Latouche, Raworth, O'Neil). Según Saito, esta teoría es, además de obsoleta, un engaño que toma la apariencia de la crítica, pero que en realidad acoge al capitalismo (2022b, pág. 106). Su origen se da en el contexto de la caída de la URSS, asumiendo el rol de una alternativa de «centro, ni de izquierda ni de derecha», liberal y anticomunista.

Por ejemplo, para Serge Latouche, uno de los precursores más conocidos de esta corriente y reivindicado entusiastamente por el presidente Petro a la hora de encarar el magro debate decrecentista que desató la exministra Irene Vélez (Becerra, 2022a), el marxismo es un sueño degenerado de retornar al pasado e imposible de realizar (2022b, págs. 106-107). Así, el rasgo común entre la «izquierda» liberal-progresista y el keynesianismo medioambiental consiste en ser agentes estabilizadores del régimen económico (2022b, págs. 105-106).

Es justamente contra estas tendencias y máscaras del capital que Saito propone un nuevo tipo de decrecentismo, pero de carácter anticapitalista, comunista. ¿En qué consiste? **a)** Reconoce y se ajusta a los límites planetarios, **b)** reduce la desigualdad económica, **c)** fortalece la protección social, **d)** aumenta el tiempo libre (2022b, pág. 113). ¿La conclusión de estas cuatro premisas? «En esta encrucijada de la historia, debemos combatir el capitalismo con firmeza y resolución» (2022b, pág. 115). Para ello, hay que recuperar la crítica más radical al capitalismo: el comunismo de Marx (2022b, págs. 115-116).

## **Parte II: capítulos 4, 5 y 6. Marx, *El capital* y la crítica ecologista al capitalismo**

Este subgrupo compone tres capítulos donde Saito presenta una relectura de la obra de Marx escrita después de 1860, en clave de un ecologismo anticapitalista, que el pensador nipón llama «comunismo decrecentista».

Según Saito, la crítica de Marx al capitalismo tuvo un cambio significativo a partir de 1868, a un año de la publicación de la primera edición del primer tomo de *El capital*, mientras elaboraba los tomos segundo y tercero (2022b, págs. 126-127). El cambio teórico que Saito quiere señalar es el abandono de cualquier tipo

de determinismo productivista debido a los siguientes tres factores principales: **a)** la derrota sufrida por el proletariado francés y alemán durante las revoluciones de 1848, **b)** la capacidad del sistema capitalista de resistir la crisis económica del Pánico de 1857, **c)** las nuevas investigaciones que Marx hizo en ciencias naturales y en historia de las comunidades no occidentales y precapitalistas (2022b, págs. 130-137).

Por este sendero, Saito indica que el cambio de Marx, especialmente desde 1868, hace insostenible calificar la perspectiva del pensador alemán con el concepto de «ecosocialismo» (2022b, pág. 170), término que considera perteneciente al paradigma desarrollista. De tal manera, hacia finales de 1860, Marx consolida su análisis de la forma social capitalista como una relación triádica, no solo diádica, entre capital, trabajo y medio ambiente.

Analizando con pinzas *El capital*, la carta de respuesta de Marx a Vera Zasúlich y la *Crítica del Programa de Gotha*, con recursos filológicos, filosóficos e históricos, Saito presenta un arsenal de reflexiones e hipótesis que inauguran un campo de investigación fructífero, en dirección de ratificar su tesis del comunismo de Marx como uno de tipo ecológico y decrecentista, es decir, opuesto al incesante desarrollo tecnológico y al criterio capitalista de riqueza. Para esta nueva lectura, la abundancia comunitaria, colectiva, que pregonaba Marx en la *Crítica del Programa de Gotha* se consigue con el decrecimiento.

Esta sugerente interpretación del pensamiento de Marx conduce a Saito, finalmente, a precisar su proyecto político y económico, y a trazar una estrategia de conformidad con él.

### **Parte III: capítulos 7 y 8, Epílogo. Comunismo decrecentista y estrategia municipalista**

Este bloque contiene la síntesis de lo que Saito llama Comunismo del decrecimiento y la perspectiva estratégica para su consecución.

¿Cuáles son los contenidos de este comunismo? **a)** economía del valor de uso, **b)** reducción de la jornada laboral, **c)** acabar con la división uniformizadora del trabajo, **d)** socialización de la propiedad y democratización de los procesos productivos, **e)** revalorización de las actividades esenciales. ¿Cuál es el mejor camino para lograr tamaño objetivo? Un nuevo municipalismo, del estilo que se promueven en ciudades como Barcelona (España) o Recoleta

(Chile), y la alianza internacional de este municipalismo en el movimiento *Fearless Cities* (2022b, pág. 277).

En este punto, Saito parece inclinarse por los movimientos sociales como sujeto histórico del cambio, y en situar el espacio efectivo de la praxis política anticapitalista y decrecentista en las Municipalidades o Alcaldías (realmente existentes). La exposición del libro oscila entre las experiencias de la autogestión local de la producción en ciudades como Detroit, la recuperación de la propiedad común contra la propiedad privada, el fomento de la lucha de clases y el asombro por las *Fearless Cities*.

De ahí que la trinidad del comunismo decrecentista sea la siguiente: **a)** gestión de la producción como lo común, **b)** municipalismo y **c)** asambleas ciudadanas (caso Francia durante las revueltas de los Chalecos amarillos). Una poderosa y creciente red de Municipalidades o Alcaldías a nivel internacional cortaría progresivamente el oxígeno a la fuerza estatal capitalista, siempre y cuando esta red se anude con la lucha constante de los movimientos sociales, la conciencia ambiental, la autogestión, la propiedad comunitaria y el asambleísmo de base. Este podría ser el resumen de la estrategia que pregona Saito.

Sin embargo, cuestiones como la capacidad del Estado realmente existente y de sus instituciones de cooptar, deformar, rediseñar o subsumir las reivindicaciones sociales no son asuntos cuestionados por el pensador japonés. Tampoco se mencionan aspectos medulares de la lucha política de clases como el poder armado y represivo del Estado, ni el complejo industrial militar, ni la guerra como agente económico de reproducción del capital (Lazzarato & Alliez, 2021b), todos ellos fuerzas de contención de cualquier reforma sustancial y garantes de la continuidad sistémica, precisamente mediante su violencia (en potencia y en acto), esto es, de su gran capacidad de fuego y terror ante situaciones de crisis y revueltas populares.

## Conclusión

El libro *El capital en la era del Antropoceno* es un trabajo que recomendamos por su contenido teórico y político. Toca temas sensibles del debate ecológico actual, contrarresta las tendencias que bajo el barniz verde-liberal-progresista reproducen las relaciones sociales y el modo de producción capitalista, renueva la lectura de la obra de Karl Marx, propone nuevas categorías y conceptos de análisis, y asume el riesgo de trazar un horizonte emancipatorio más allá del capital.

Una de las virtudes del trabajo de Kohei Saito consiste no solo en reivindicar la actualidad del pensamiento crítico y ecológico marxista, sino también en posicionar de nuevo al comunismo (endemoniado vocablo, concepto y proyecto exorcizado de la «izquierda» liberal hegemónica) como alternativa necesaria, deseable y posible frente a la catástrofe. El horizonte de expectativa (R. Koselleck) que se traza en las páginas de este libro es fundamental y saludablemente lejano de cualquier contemporización con la tiranía capitalista.

Si bien procuramos advertir algunas omisiones o propuestas de la línea estratégica del autor que nos parecen problemáticas, los méritos teóricos de su trabajo hablan por sí solos. Sus ideas son un aliciente para las batallas de hoy y por ello es de suma importancia difundirlas en los sectores populares y militantes. La crisis medioambiental no da espera.

## Referencias bibliográficas

- Becerra, B. (02 de septiembre de 2022a). *¿De qué se trata la teoría del decrecimiento a la que se refiere la ministra de Minas?* Obtenido de La República: <https://www.larepublica.co/economia/de-que-se-trata-la-teoria-del-decrecimiento-a-la-que-se-refiere-la-ministra-de-minas-3438597>
- Brand, U., & Wissen, M. (2021a). *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón / Fundación Rosa Luxemburgo.
- Lazzarato, M., & Alliez, É. (2021b). *Guerras y capital. Una contrahistoria*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Lanús / Madrid: Tinta Limón / La Cebra / Traficantes de Sueños.
- Saito, K. (2022b). *El capital en la era del Antropoceno*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.



**CLASICOS**

**MANIFIESTO ECOSOCIALISTA INTERNACIONAL**  
**(septiembre de 2001)**

[Redactado por Joel Kovel y Michael Löwy]<sup>1</sup>

**E**l siglo XXI se inicia de manera catastrófica, con un grado sin precedentes de deterioro ecológico y un orden mundial caótico, amenazado por el terror y por conglomerados de guerra desintegradora, de baja intensidad, que se extienden como gangrena a través de amplios segmentos del planeta -África Central, Medio Oriente, Asia Central y del Sur y noroeste de Sudamérica- y reverberan a través de las naciones.

En nuestra visión, la crisis ecológica y la crisis de deterioro social están profundamente interrelacionadas y deben ser vistas como distintas manifestaciones de las mismas fuerzas estructurales. La primera se origina ampliamente en la industrialización rampante que desborda la capacidad de la Tierra para amortiguar y contener la desestabilización ecológica. La segunda se deriva de la forma de imperialismo conocida como globalización, con efectos desintegradores en las sociedades que encuentra a su paso. Más aun, estas fuerzas subyacentes son esencialmente aspectos diferentes de una misma corriente, que debe ser identificada como la dinámica central que mueve a la totalidad: la expansión del sistema capitalista mundial.

Rechazamos todos los eufemismos o la suavización propagandística de la brutalidad de este régimen: todo intento de lavado verde de sus costos ecológicos, toda mistificación de sus costos humanos en nombre de la democracia y los derechos humanos. Insistimos, por el contrario, en mirar al capital desde la perspectiva de lo que realmente ha hecho.

---

<sup>1</sup> Tomado de: <https://systemicalternatives.org/2014/03/05/manifiesto-ecosocialista/>

Actuando sobre la naturaleza y su equilibrio ecológico, el régimen, con su imperativo de expansión constante de la rentabilidad, expone los ecosistemas a contaminantes desestabilizadores; fragmenta hábitats que han evolucionado durante eones para permitir el florecimiento de los organismos, despilfarra los recursos y reduce la sensual vitalidad de la naturaleza al frío intercambio requerido por la acumulación de capital.

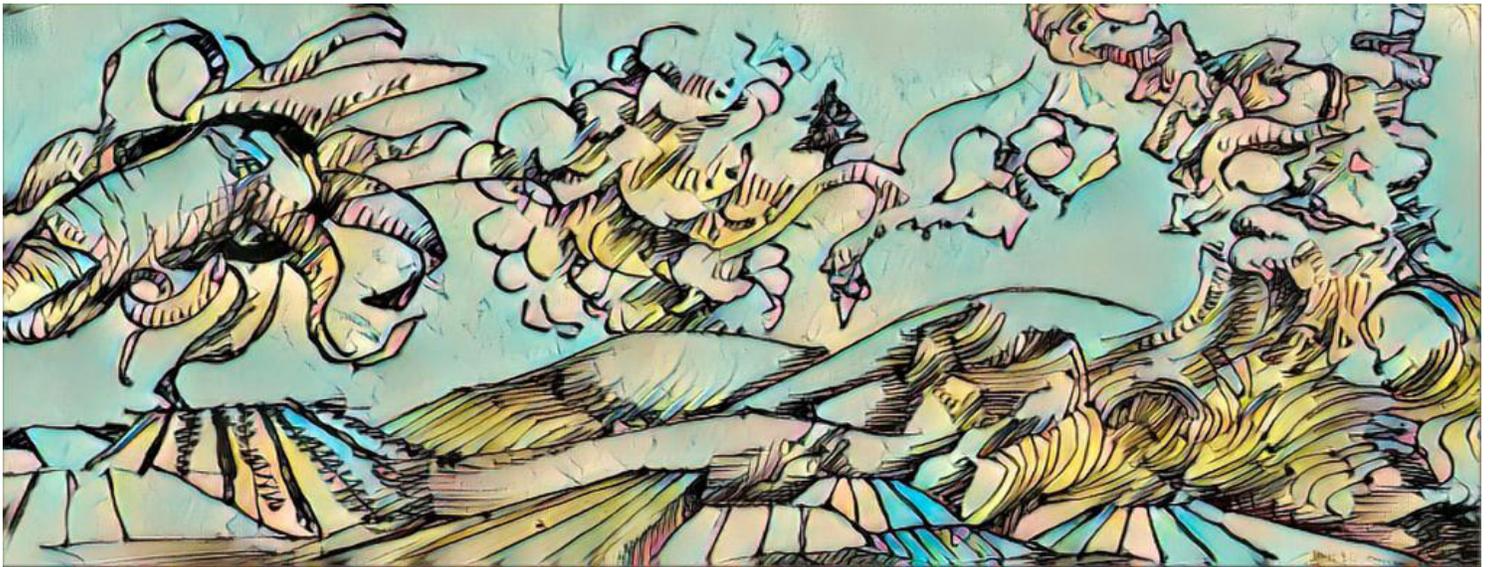
En lo concerniente a la humanidad y sus demandas de autodeterminación, comunidad y una existencia plena de sentido, el capital reduce a la mayoría de la población mundial a mero reservorio de fuerza de trabajo, mientras descarta a muchos de los restantes como lastre inútil. Ha invadido y erosionado la integridad de las comunidades a través de su cultura global de masas de consumismo y despolitización. Ha incrementado las desigualdades en riqueza y poder hasta niveles sin precedentes en la historia humana. Ha trabajado en estrecha alianza con una red de estados clientes serviles y corruptos, cuyas élites locales ejecutan la tarea de represión ahorrándole al centro el oprobio de la misma. Y ha puesto en marcha una red de organizaciones supraestatales bajo la supervisión general de los poderes occidentales y del superpoder Estados Unidos, para minar la autonomía de la periferia y atarla al endeudamiento, mientras mantiene un enorme aparato militar para asegurar la obediencia al centro capitalista.

Creemos que el actual sistema capitalista no puede regular, y mucho menos superar, las crisis que ha desatado. No puede resolver la crisis ecológica, porque hacerlo requiere poner límites a la acumulación -una opción inaceptable para un sistema cuya prédica se apoya en la divisa: ¡crecer o morir! Y no puede resolver la crisis planteada por el terror y otras formas de rebelión violenta porque hacerlo significaría abandonar la lógica imperial, lo que impondría límites inaceptables al crecimiento y a todo el "modo de vida" sostenido por el ejercicio del poder imperial. Su única opción restante es recurrir a la fuerza bruta, incrementando así la alienación y sembrando las semillas del terrorismo... y del antiterrorismo que lo sigue, evolucionando hacia una variante nueva y maligna de fascismo.

En suma, el sistema capitalista mundial está en una bancarrota histórica. Se ha convertido en un imperio incapaz de adaptarse, cuyo propio gigantismo deja al descubierto su debilidad subyacen-

te. Es, en términos ecológicos, profundamente insustentable y debe ser cambiado de manera fundamental, y mejor aún, reemplazado, si ha de existir un futuro digno de vivirse.

De este modo, regresa la categórica disyuntiva planteada una vez por Rosa Luxemburgo: ¡socialismo o barbarie!, en momentos en que el rostro de esta última refleja ahora el sello del siglo que empieza y asume el semblante de la ecocatástrofe, el terror-contraterror, y su degeneración fascista.



Pero, ¿por qué socialismo, por qué revivir esta palabra en apariencia destinada al basurero de la historia por los fracasos de sus interpretaciones del siglo XX? Por esta única razón: por muy golpeada e irrealizada que esté, la noción de socialismo aún sigue en pié para la superación del capital. Si el capital ha de ser vencido, tarea que ahora tiene carácter urgente para la supervivencia de la civilización misma, el resultado será por fuerza “socialista”, porque ése es el término que significa el paso hacia una sociedad poscapitalista. Si decimos que el capital es radicalmente insustentable y se fragmenta en la barbarie esbozada arriba, estamos diciendo también que necesitamos construir un “socialismo” capaz de superar las crisis que el capital ha venido desatando. Y si los “socialismos” del pasado fracasaron en hacerlo, entonces es nuestra obligación, al elegir no someternos a un destino bárbaro, luchar por uno que triunfe. Y tal como la barbarie ha cambiado de un modo que refleja el siglo transcurrido desde que Luxemburgo expresara su alternativa fatídica, así también el nombre y la realidad de “socialismo” deben hacerse adecuados para este tiempo.

***El actual sistema capitalista no puede regular, y mucho menos superar, las crisis que ha desatado. No puede resolver la crisis ecológica, porque hacerlo requiere poner límites a la acumulación -una opción inaceptable para un sistema cuya prédica se apoya en la divisa: ¡crecer o morir!***

Por estas razones escogimos llamar ecosocialismo a nuestra interpretación del “socialismo”, y dedicarnos a su realización.

¿Por qué el ecosocialismo? Vemos al ecosocialismo no como la negación sino como la realización de los socialismos “de primera época” del siglo XX, en el contexto de la crisis ecológica. Como aquéllos, éste se construye entendiendo el capital como trabajo objetivado, y se funda en el libre desarrollo de todos los productores o, en otras palabras, en el desmantelamiento de la separación de los productores respecto de los medios de producción. Entendemos que este objetivo no pudo ser realizado por los socialismos de primera época, por razones demasiado complejas de abordar aquí, excepto resumirlas en los diversos efectos del subdesarrollo en un contexto dominado por la hostilidad de los poderes capitalistas existentes. Esta coyuntura tuvo numerosos efectos nocivos en los socialismos existentes, principalmente la negación de la democracia interna junto a la emulación del productivismo capitalista, lo que terminó por conducir al colapso de esas sociedades y a la ruina de sus ambientes naturales.

El ecosocialismo mantiene los objetivos emancipatorios del socialismo de primera época y rechaza tanto las metas reformistas, atenuadas, de la socialdemocracia, como las estructuras productivistas de las variantes burocráticas de socialismo. En cambio, insiste en redefinir tanto la vía como el objetivo de la producción socialista en un marco ecológico. Lo hace específicamente con respecto a los “límites del crecimiento” esenciales para la sustentabilidad de la sociedad. Estos se adoptan, sin embargo, no en el sentido de imponer escasez, privación y represión. El objetivo, por el contrario, consiste en una transformación de las necesidades y un cambio profundo hacia la dimensión cualitativa, alejándose de la cuantitativa. Desde el punto de vista de la producción de mercancías, esto se traduce en una valoriza-

ción de los valores de uso por sobre los valores de cambio -un proyecto de vasto significado, que se funda en la actividad económica directa.

La generalización de la producción ecológica bajo condiciones socialistas puede proporcionar la base para superar las crisis actuales. Una sociedad de productores libremente asociados no se detiene en su propia democratización. Debe, por el contrario, insistir en la liberación de todos los seres como fundamento y propósito. Supera así el impulso imperialista, subjetiva y objetivamente. Al realizar tal objetivo, lucha por superar todas las formas de dominación, incluyendo en especial las de género y raza. Y supera las condiciones que dan origen a las distorsiones fundamentalistas y sus manifestaciones terroristas. En suma, supone una sociedad mundial en un grado de armonía ecológica con la naturaleza impensable en las condiciones actuales. Una consecuencia práctica de estas tendencias se expresaría, por ejemplo, en la extinción de la dependencia en los combustibles fósiles consustancial al capitalismo industrial. Y esto a su vez puede proporcionar la base material para la liberación de los países oprimidos por el imperialismo del petróleo, mientras que permite la contención del calentamiento global, junto a otros problemas de la crisis ecológica.

Nadie puede leer estas propuestas sin pensar, primero, en cuántos problemas prácticos y teóricos generan, y segundo y más abrumadoramente, en lo lejanas que están con respecto a la configuración actual del mundo, en su anclaje institucional y en la forma en que se imprime en la conciencia. No necesitamos desarrollar estos puntos, que deberían ser instantáneamente reconocibles para todos. Pero quisiéramos insistir en que sean tomadas desde una perspectiva apropiada. Nuestro proyecto no consiste ni en delinear cada paso de esta vía ni en ceder ante el adversario debido a la preponderancia del poder que ostenta. Se trata, en cambio, de desarrollar la lógica de una transformación suficiente y necesaria del orden actual, y en empezar a desarrollar las etapas intermedias en dirección a este objetivo. Lo hacemos para pensar con mayor profundidad en estas posibilidades y, al mismo tiempo, empezar el trabajo de diseñar junto a todos los que piensan parecido. Si algún mérito hay en estos argumentos, entonces debe ocurrir que pensamientos similares, y prácticas que realicen esos pensamientos, germinen coordinadamente en innumerables puntos alrededor del mundo. El ecosocialismo será internacional, y universal, o no será. Las crisis de nuestro tiempo pueden –y deben- ser vistas como oportunidades revolucionarias, lo que es nuestra obligación afirmar y dar nacimiento.



**FUNDACIÓN**  
**WB**  
**WALTER BENJAMIN**



**GRUPO DE ESTUDIOS DE**  
**FILOSOFÍA POLÍTICA**  
**ESPECTROS**